

## GLORIAS DE ESPAÑA.



Dió una cruel lanzada en el pecho de su contrario

## EL CAPITAN SAAVEDRA.

I.

Después de la conquista de Granada por los reyes católicos se habían refugiado á las Alpujarras y otras montañas del reino, muchos moros, que en virtud de los convenios y capitulaciones que se habían estipulado en la rendición de aquel último baluarte del islamismo en la Península, debían conservar sus propiedades, leyes, idioma y costumbres nacionales. Aun no había llegado el día, ya muy cercano, en que los moros, cuyo número era muy considerable, levantasen abiertamente el estandarte de la rebelión, y aclamasen por rey á uno de su raza, queriendo conservar la entera libertad de su culto, sobre lo cual eran continuamente hostigados por los cristianos, en quienes había mas celo que prudencia; pero el descontento y la sorda agitación que reinaban entre los habitantes de la montaña, se traslucía ya por algunas demostraciones exteriores. Para los habitantes de la llanura en continuo roce con los cristianos, era

25 de Octubre de 1853.

mas fácil y mas seguro el obedecer las órdenes que del gobierno de estos emanaban; pero los que se habían refugiado en las asperezas de las sierras, vivían casi independientes, y allí fué donde empezó aquella resistencia armada á los monarcas españoles que había de degenerar en completa insurrección.

En aquellos primeros días de alarma y cuando el fuego de la rebelión cundía rápidamente desde las Alpujarras á la serranía de Ronda, y á los confines de Sierra Bermeja, los capitanes y los gobernadores españoles, acostumbrados á vencer á la morisma, y desconociendo lo grave de aquel levantamiento, creyeron que una demostración armada impondría á los rebeldes; pero todas las que intentaron hacer en la montaña fueron infructuosas y no sirvieron mas que para proteger la retirada de los pequeños destacamentos españoles que abandonaban los puntos fortificados, de los que ya quedaban hechos dueños los rebeldes. Entonces picados ya en su honor los adalides y capitanes de la conquista, reunieron un fuerte destacamento, y marcharon á escarmentar á los moriscos en el mismo corazón de las

TOMO XI. 28



Alpujarras; determinacion en la que hubo mas de valor que de prudencia.

Débiles los moriscos para resistir abiertamente y sostenerse en la llanura, eran inespugnables cuando se encastillaban en las gargantas de la sierra, y se parapetaban detrás de rocas escarpadas, desde las que, sin miedo de ser sorprendidos, podian observar todos los movimientos del enemigo. Constantes en esta táctica, no inquietaron al destacamento cristiano hasta que abandonando las laderas de la montaña se internó en senderos estrechos y tortuosos cortados á cada paso por las vertientes de la sierra. Entonces los soldados de Fernando é Isabel vieron como por encanto coronarse de enemigos la cima de las montañas, disparando un diluvio de flechas, mientras que otros mas arrojados, salian de la espesura para empeñar el combate cuerpo á cuerpo. Empeñóse la lucha con denuedo, pero los españoles estaban cercados en todas direcciones, y no tenían esperanza de socorro, mientras que á medida que ellos caian y aclaraban sus filas, los moriscos las iban aumentando con los numerosos refuerzos que recibian. Ya no habia esperanza de victoria, y toda la atencion de los gefes se cifraba en salir cuanto antes de aquel atolladero, salvando los restos del ejército de tan inminente peligro.

## II.

Iba en la retaguardia del destacamento cristiano un animoso capitán, llamado Saavedra, que al notar que las tropas se desanimaban y empezaban á ceder, quiso evitar la confusion y detener el paso á los fugitivos, pero en vano: la derrota era general, el conde de Ureña habia desaparecido, Urdiales y los otros adalides ya eran muertos, y al ver avanzar á Saavedra, los mismos fugitivos le gritaban:

—¡Atrás! ¿adonde vais? estamos perdidos, rodeados por todas partes.

Saavedra contesta á estas palabras con una mirada de indignacion, y conociendo que aquel es el momento de obrar con energia, apostrofa á los soldados indecisos que le rodean, y con ellos se arroja en el sitio de mayor peligro en las márgenes de Rio-Verde. Terrible fué este choque que cambió por un momento el aspecto del combate reanimando y salvando la vida á muchos cristianos que iban á sucumbir; mas á pesar de tan inesperado socorro, el resultado de la lucha no podia ser dudoso, y bien pronto se desbandaron y huyeron aquellos restos del destacamento cristiano. El mismo Saavedra sacó su corcel de la batalla, y haciendo morder el polvo á los que se le oponian, partió á escape por una ladera; pero fué visto por los enemigos y muchos partieron en su persecucion. Adelantábase á todos montado en un soberbio caballo un morisco renegado, cautivo en otro tiempo en tierra de cristianos, el que deseando sin duda vengar antiguas ofensas, iba con el mayor ahínco al alcance del cristiano capitán, gritándole:

—Date, date, Saavedra: yo te juré por Alá que has de caer en mis garras!

Por mas que el fugitivo capitán no quisiese prestar atencion á las palabras del morisco, tuvo que reconocer en él á un antiguo cautivo suyo, que por lo tanto le daba señas de su familia y de su casa. Iba Saavedra agobiado por el cansancio, empolvado y cubierto de sangre, pero arrogante y altivo, al oír que aquel infiel le llenaba de denuestos y también á su querida esposa, tiró de las riendas al caballo

y revolvió de improviso hácia él. Conoció el morisco la intencion y le disparó con fuerza su venablo, pero pasó por alto sin tocar á Saavedra que llegó entonces á dar con toda su fuerza una cruel lanzada en el pecho de su contrario, lanzándole sin vida por el suelo. Todo esto fué obra de un instante, y sin embargo dió tiempo para que la canalla morisca alcanzase y rodease al valiente capitán que tuvo que declararse prisionero.

—¡Muera! ¡muera el cristiano! eran los gritos que se oían por todas partes; pero ni era fácil acercarse á Saavedra que aun conservaba su espada, ni tampoco los gefes moriscos estuvieron de parecer de privarse con la muerte del cristiano, del mejor trofeo de su victoria que podian ofrecer á las plantas de su rey.

## III.

Caminaba lenta y tristemente Saavedra hácia donde los enemigos en cuyo poder habia caído le querian llevar, sirviéndole los moriscos que le rodeaban de protectora escolta contra los fanáticos musulmanes, que blandiendo puñales y cimitarras y dando feroces gritos de muerte y venganza se agolpaban al encuentro del infeliz prisionero. Gozosos estaban los moriscos por su victoria aunque bien caramentada; pero mas lo estaban todavia porque hubiese caído en su poder aquel odiado cristiano que tanto estrago tenia hecho en sus filas. En fin, Saavedra acompañado de un gran séquito, fué conducido ante el gefe ó reyezuelo que los rebeldes se habian elegido, el que admirado de aquel tumulto y advirtiendo por la armadura del prisionero que debia ser persona de distincion, preguntó:

—¿Quién es este caballero?

—Nuestro mayor enemigo, le dijeron; el que tantos moros tiene muertos á lanzadas; el que quisiera exterminar hasta el último de nuestra raza: es, en fin, el capitán Saavedra.

Detúvose un poco el moro á considerar el marcial aspecto y gentil continente del prisionero, y luego le dijo con gravedad:

—¿Cómo te parece que debo tratarte, ahora que por fin has caído en mi poder?

—Trátame, contestó Saavedra, como yo te hubiera tratado si fueses mi prisionero.

—Y dime, si prisionero me tuvieras, ¿qué es lo que conmigo harías?

Entonces el impertérrito capitán, contestó sin titubear:

—Grandes mercedes y honras te haria, con tal que te hicieses cristiano: de lo contrario te derribaria la cabeza de los hombros.

—Muy bien: tú has pronunciado tu sentencia: tórnate moro como nosotros y nada te faltará á mi lado.

—¡Jamás!

—De lo contrario, la muerte mas horrofosa termino será de tus dias.

—Nada me importa morir.

—Tórnate moro, Saavedra, y te colmaré de honores y te daré castillos y villas.

—Muera yo antes que renegar de la fé cristiana: la he de confesar y la he de defender mientras me dure la vida.

—¡Matadle al punto! gritó el moro exasperado, y todos aquellos furiosos se arrojaron sobre el magnánimo Saavedra, que descargando tremendos golpes á uno y otro lado escarmentó á los primeros que llegaron, y se defendió por un momento de todos; pero solo contra tantos, cayó al



suelo acribillado de heridas, y exhaló el último suspiro conservando aun su espada en la mano.

La muerte de Saavedra no es mas que un ilustre ejemplo entre muchos que pudieran citarse en una época de pundonor caballeresco y de entusiasmo religioso. Estos dos sentimientos hacian un héroe del último soldado en el punto que consideraba que no solo era soldado de su rey y de su patria, sino soldado de Jesucristo. La firmeza en las creencias, cambiaba la timidez en valor y la debilidad en fuerza, y la resolucion de defenderlas á costa de la vida, no se desmentia, sino que se confirmaba y se sellaba con sangre á vista del peligro.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## OCHO DIAS DE REINADO

### O LA VERDADERA HISTORIA DE MASANIELLO.

*Autres temps mêmes mœurs.*

(CONCLUSION DEL CAPÍTULO XVIII.)

¡Oh triunfo inesperado! un destello brilló en los ojos del pescador... piensa, levanta su frente, sus labios se sonríen y corren sus lágrimas. Vedle triste y pálido, pero inteligente y hermoso cual en otro tiempo. Se pasa la mano por los cabellos, examina su morada, su jardín, el golfo, el camino, sus tesoros domésticos, los muebles, la cuna, la mesa ya puesta... se observa á sí mismo, y se reconoce... mira á su madre, á sus hermanos, sus parientes y su muger... la conoce, lanza un grito y la estrecha contra su corazón.

—María, ¿eres tú? ¡Gracias, Dios mio! ¡Gracias, María de Arcos!

María de Arcos era tambien, en efecto, la que le volvía la razon.

Figúrense nuestros lectores el transporte de la joven esposa y de toda su familia... la felicidad y la vida recobradas de un golpe... aquel grupo enlazado en un brazo, y aquel rayo del cielo disipando las tinieblas del infierno.

La puzzoliana se hubiera vuelto loca á su vez, ó se hubiera muerto de un enagenamiento de gozo, sino le hubiese exhalado en una oracion, cayendo de rodillas con todos sus parientes. Este cuadro no puede copiarse, debe adivinarle el alma.

Fáciles son de comprender las escenas que le siguieron: Nápoles y el mundo quedaron olvidados: las desgracias borradas con el júbilo, la sangre limpia con las lágrimas, los crímenes escusados con la locura, y el mismo Dios perdonó los remordimientos... Masaniello, purificado por el arrepentimiento, arrancado de la pesadilla de seis dias, volvió á recobrar los hermosos sueños de su conciencia, de su ángel custodio, de su amor, de su muger, de su casa y de su familia: iba y volvía desde la sala baja á la cámara, y desde allí al jardín: saboreaba las armonías del mar y el perfume del campo: maldecía la guerra, la política y la gloria, juraba vivir y morir oculto en su Eden, y no volver á Nápoles, sino para pedir perdon de rodillas á María de Arcos.

#### XIX.—SORPRESA Y RECAÍDA.

Aquella embriaguez duró hasta la noche, y despues de haber desesperado el ver concluir su suplicio, la puzzoliana sentada al lado de su marido, junto á la ventana que daba

al golfo, con una mano sobre su aplacado corazón, y la otra sobre su frente entibiada, comenzaba á creer en la duracion de su consuelo, cuando ambos se despertaron soñando, al estruendo de una salva de artillería, y vieron desplegarse sobre las olas, cinco, diez, veinte, cuarenta y cincuenta navios y galeras, que llevaban en el palo mayor el pendon de Castilla.

La muger se puso pálida como si la hubiesen herido en el corazón, y el pescador se levantó gritando:—¡La escuadra y el ejército del rey de España!... ¡Ay de Nápoles y de los napolitanos!

Júzguese si la sorpresa y la tentacion eran formidables para Masaniello. Sus dedos se crisparon sobre su cruz del Carmen, y María le observaba con angustia, pidiendo á Dios apagase el fuego de aquellos cañones, que multiplicando sus descargas hacian estremecer el cielo y la tierra, su casa y su existencia, y la cabeza poco firme de su pobre marido.

Este con azorada mirada, media la distancia, contaba los navios, se agitaba al oír las detonaciones, se lanzaba á la ventana y buscaba su espada, y luego volvía á caer en los brazos de su muger, luchando, como Jacob, contra un espectro invisible, ó mas bien contra sí mismo ó todo un pueblo que le reclamaba con mas fuerza que los cañones españoles.

Pues bien, iba á triunfar de aquella crisis suprema, por que exclamaba encerrándose en su cuarto:—Sálvese Nápoles ríndase sin mí!... Todas sus franquicias no valen una gota de sangre!

Pero en el mismo instante doscientas falúas abordan al frente de su casa, y seiscientos napolitanos, guiados por Luzzaro y Annese, invaden su hogar como un impetuoso torrente. En vano María, sus hermanos y toda su familia les obstruyen el paso, el pescador se ve obligado á presentarse á ellos para contener su violencia, y deteniéndolos con un gesto, los preguntó con autoridad: ¿qué me quereis?

—Queremos la salvacion de la patria, respondió Luzzaro, y venimos á buscar á nuestro libertador.

—¡Quiéren mi muerte! exclamó la puzzoliana con los brazos estendidos: ¿no serás tú mi verdugo!

Masaniello se llevó ambas manos á su cabeza trastornada, titubeaba su valor, y respondió con esfuerso:

—Elegid otro general: yo ya no soy nada; mi obra está concluida.

—¿Concluida tu obra? ¿no ves esa escuadra? ¿ignoras acaso!

—Lo sé todo, pero quiero olvidarlo.

Luzzaro dió un salto de cólera, é iba á insultar al hombre que la víspera era un dios para él... pero Annese, mas tranquilo y mas hábil, Annese, ya teniente y bien pronto sucesor del vendedor de pescado, Annese, que veía al pueblo perdido sin Masaniello, como á un rebaño sin pastor, y que sentía desplomarse su propio engrandecimiento con todo lo demás, sino devolvía su héroe á los napolitanos, Annese tomó la palabra, y dijo con respeto á su gefe:

—Vacilais, señor, y lo concibo muy bien, porque no sabeis las noticias que circulan. Nos seguireis en cuanto os diga que á bordo de esos buques vienen seis mil hombres, mandados por don Juan de Austria, hijo del rey de España.

—Aun cuando fuese el mismo monarca, no os seguiré, dijo el pescador volviendo la cabeza.

—Nos seguireis en cuanto sepais que Nápoles entera os llama, y se sepultará entre sus ruinas maldiciéndoos, si os negais á acudir en su socorro.



—¡Que se rinda sin efusion de sangre!... no os seguiré.

—Nos seguireis si pongo en vuestra noticia, que los franceses están en la ciudad, y los españoles en el golfo...

Masaniello prestó atencion.

—Cuando sepais, continuó Annese, que el marqués de Chatillon y el duque de Guisa han llegado á Nápoles esta misma mañana, por entre la escuadra de don Juan: que han enarbolado las lises y el retrato de Luis XIV en San Lorenzo y en el mercado, y que si les dejais un solo dia para que pongan en juego sus intrigas, el pueblo, que los arrojará de allí si os colocais á su cabeza, va á llegar á ser por vos, y merced á vos, ¡esclavo de la Francia!...

—¡Es imposible!... exclamó Masaniello dominado de una vacilacion terrible... pero al ver á su muger que derramaba amargo llanto, dijo:—No os seguiré.

—Nos acompañareis, Mas, prosiguió Annese, que sabia desde la víspera la fuerza de este último golpe, cuando tengais entendido que Chatillon se ha apoderado ya de un bastion de Castel-Nuovo, y robado á María de Arcos, ese ángel que nos recomendábais ayer, y que va á compeler al arzobispo á que le enlace mañana con ella, y corone á su primo el de Guisa, como rey de Nápoles y de Sicilia!...

Aquella vez Masaniello lanzó un grito, y su muger misma pareció abandonarle...

—¡María de Arcos prisionera y todavía víctima!... dijo el pescador mirando la casa llena de sus beneficios: ¡María de Arcos entregada á Chatillon, casada con él, cuando debe execrar su perfidia!... ¡Oh!... ¡mientes, Annese, dime que eso no es cierto!...

—He aquí la prueba, dirigida á vos mismo, concluyó el tentador. Soy aquí el embajador de María de Arcos, que os llama en su auxilio, como tambien la ciudad de Nápoles.

Y entregó á Masaniello esta carta de la hija del virey, remitida al mercado por la compasion de sus carceleros.

«He trabajado en vuestra felicidad sin saberlo, y vos habeis trabajado en mi desgracia sin quererlo... He visto vuestro arrepentimiento y os perdono; ved mi dolor y salvadme... en nombre de vuestro amor por María Aniello, en nombre de nuestra santa patrona, en nombre de los recuerdos del Cármen, librad á María de Arcos del traidor á quien defendia cuando vos le acusábais... Arrancadme muerta ó viva de la ignominia de casarme con el marqués de Chatillon. ¡Socorro!... ¡socorro!... y os bendeciré mil veces mas que os he maldecido...—LA PEREGRINA DEL CÁRMEN.»

El efecto que semejante carta produjo en Masaniello, es mas fácil de comprender que de espresar, besaba cada renglon, y humedecia cada palabra con su llanto.—¡Yo os perdono!... ¡Salvadme!... ¡en nombre de María!... en nombre del Cármen!... Socorredme... y os bendeciré...

El pescador ya no vió, ni escuchó, ni conoció mas que á María de Arcos. Volvió á desenvainar su espada, y dijo á su muger:—¡Conmigo, María!... ¡Todavía una batalla!... ¡Dios lo quiere y él mismo es el que habla... vamos á espiar nuestro crimen, y á merecer nuestra felicidad!...

Y arrastrando consigo á la puzoliana, que con noble corazon impelia hacia adelante, se precipitó en una falua gritando á sus seiscientos hombres:—¡A Nápoles!... ¡a Castel-Nuovo!... y seguid la pista á Chatillon...

—¡Muerte á los franceses y á los traidores!... respondieron los de la compañía de la muerte desenvainando sus puñales.

Ese comentario anunciaba lo demas.

—Sabia muy bien que me le traeria, dijo para sí Annese. —Sea en buen hora, pensaba Luzzaro, ¡vamos á conquistar la hermosa!...

¡Pobre y generoso Masaniello!... ¡semejante comportamiento era en verdad digno de mejor suerte... pero está escrito que en la pendiente fatal de las revoluciones, las mejores voluntades siempre llegan á parar en locura!...

## XX.—EL DUQUE DE GUISA.

Las noticias de Annese y la carta de María de Arcos llegaban con tanta oportunidad, que el lector sospechará quizá que eran falsas. Pero nada menos: desgraciadamente eran muy ciertas. (En este drama, auténtico desde el principio hasta el fin, no nos permitimos mas que un ligero anacronismo, anticipando algunos dias la entrada de Guisa en Nápoles).

Dejamos á ese estravagante paladin aguardando el aviso de Chatillon al Sur de la isla de Ischia, con las ocho faluas con los colores de su hermosa, sus veinte y dos compañeros, sus seis mil libras de pólvora, sus cuatro mil doblones de oro, y su ilusion imposible, si hubiera algo imposible para Enrique de Guisa.

Hemos presentado á su digno primo fugado del fuerte de San Lorenzo por una escala de seda, volando á su encuentro y su salvacion, cuando María de Arcos creia enviarle á los españoles, y lanzándose en medio de la oscuridad de la noche, como una buena fortuna, á la boca de los cañones de don Juan, prevenido por el *taglia-topi*.

En efecto, jamás se ha corrido tan directamente á una ruina segura. Todo conspiraba á poner al duque y al marqués reunidos en manos de su enemigo. Pues bien, los dos se escaparon justamente por donde debian sucumbir. Lo inverosímil de su empresa fué la causa de su buen resultado: la muerte retrocedió ante su temeridad: *Audaces, fortuna*, etc... Los agentes de Basilo salvaron á Chatillon sin querer, por los mismos medios que empleaban para perderle. Su falua, con las armas y colores de España, fué respetada en vez de ser atacada por la avanzada española, y pasó intacta y saludada por entre los cuarenta y ocho navios. Aprovechando su buena suerte para volver á Nápoles, los dos primos enarbolaron el pabellon de Castilla... y á media noche llegaron junto á la escuadra de don Juan.

—¿Quién vive? les gritaron los artilleros que los acechaban con la mecha encendida.

—Esploradores del virey, contestó intrépidamente Guisa, escondiendo sus garras, y ostentando sus alas como el murciélago de la fábula. Y para completar la ilusion, Fabrani, su secretario, aleccionado por el marqués, fué á contar á los españoles una mision imaginaria del duque de Arcos... Sin embargo, don Juan de Austria, aunque demasiado tarde, reconoció su error, y mandó que sus chalupas armadas dieran caza á la escuadrilla. Levántose de pronto una tempestad violenta... las faluas de Guisa se dispersaron... y él mismo no debió su salvacion y el escapar del naufragio mas que á la buena estrella de César y de Pedro el Grande... Despues de bogar errante durante dos horas en una oscuridad profunda, logró reunirse con su primo y sus compañeros, y entonces sufrieron el fuego de las lanchas españolas... Una bala se llevó al uno las plumas del sombrero, y al otro la borla de la espada. En fin, aventajando en velo-



ciudad á sus enemigos, y riéndose de tantos peligros vencidos, abordaron al salir el sol á la playa de Nápoles, en donde los esperaban sus amigos, asombrados de aquella especie de milagro, con diez mil hombres seducidos por ellos. Chatillon, con la cabeza descubierta, y la espada desenvainada, saludaba con la mano: Guisa, de pie sobre la dorada proa de la falua, con su sombrero en que se veían los colores verde é Isabela, estaba radiante de magestad, de gracia y de confianza, como un argonauta ó un semi-dios que aparecía en aquel mar mitológico, en la ribera encantada de la Mergelina, delante de aquella poblacion medio desnuda, como un pueblo antiguo, que corría á su encuentro con gritos de triunfo y de admiracion.

La ausencia de Masaniello dejaba á Nápoles entregado al nuevo libertador; y le miraron y recibieron como á un enviado de Dios; ¡Llegar en efecto de aquel modo, no era como caer del cielo!... Besábanle los vestidos, incensaban su caballo, y aplaudían sus palabras... Y como los descontentos recordasen á sus abuelos, y le tildasen de aspirar á la tiranía:—Yo, les contestó señalándoles la falua, he nacido en esa concha, y no conozco nada mas...

Las mugeres especialmente, estaban prendadas de su buena presencia y de su galantería.

Por último, en pocas horas, como habia dicho Annese, Guisa se hizo dueño de las dos terceras partes de la ciudad, y era allí casi tan rey como el monarca español, tanto mas cuanto menos afectaba serlo: y Chatillon, no olvidando su objeto personal, sorprendió con un puñado de valientes el bastion de Castel-Nuovo, arrebató á Maria de Arcos, la condujo á San Lorenzo, y allí, la joven, quitada ya la máscara, reconoció por fin al enemigo de su padre, y maldiciendo al amante que bendecía la vispera, llamó en su socorro á Masaniello, como ya hemos visto...

Tal era el cuento fantástico realizado por Enrique de Guisa. ¿No tiene razon la historia en llamarle el héroe de la fábula? No tardaremos en conocer la moralidad.

#### XXI.—EL REYES DE LA POPULARIDAD.

Cuando Masaniello volvió á entrar en Nápoles con su muger, Annese, y la compañía de la muerte, todo lo que habia presenciado aquella gran ciudad durante siete dias, quedó borrado por el mas extraño é inaudito de los contrastes.

Por una parte, la mitad de la ciudad, y sobre todo los cuerpos organizados, proclamaban á Enrique de Guisa *duque de la república napolitana y defensor del estado* (1) y en medio de toda aquella multitud entusiasmada, el joven príncipe, deslumbrador con su adorno, admirable á caballo, rodeado de una corte improvisada, saludaba á cada uno, era adorado de todos, y el idolo tanto mas querido, cuanto que era mas nuevo.

Por otra, en el mercado toda la plebe se habia vuelto á unir al pescador, reanimada por Luzzaro y sus secuaces, que proclamaban á Masaniello, con mas furor que nunca, gefe supremo y libertador; y por encima de aquel mar de semblantes sombríos, de harapos ensangrentados, de pi-

cas, fusiles y puñales, delante de las trescientas cabezas de los ajusticiados, que todavía permanecían clavadas en las estacas, el vendedor de pescado, macilento y debilitado, con la espada en una mano y la pistola en la otra, contemplando, con una mirada en que á veces se notaba el vertigo, su grandeza que venía á tierra con su obra, á su rival triunfante enfrente de él, á Castel-Nuovo apuntando sus cañones, á San Lorenzo, en donde gemía Maria de Arcos, tres partidos prontos á despedazarse unos á otros, y la escuadra española dispuesta á hundirlos á todos...

Una sola gota mas, y la locura del pescador iba á desbordarse de nuevo...

Aquella gota fué la última noticia que estalló como una bomba sobre la ciudad.

«Cuando nos hayamos apoderado de la empanada, Mazarino se dignará comerla con nosotros» habia escrito Guisa á Chatillon. Tal era en efecto la orden del cardenal ministro al almirante Richelieu y al duque Luis de Vendome (1) que mandaban la escuadra y el ejército de Luis XIV en Ponza... Instruidos estos por un espreso del prodigioso éxito de Enrique, habian dirigido la proa á toda vela hacia Nápoles, y en aquel mismo instante llegaban al cabo del Pausilippo, con sus cincuenta navios y brulotes, y cuatro mil hombres de desembarco.

A este golpe de gracia, y á vista de la bandera francesa, desplegada por una chalupa enfrente del mercado, Masaniello se quedó aturdido, se golpeó la frente, se retorció los brazos por encima de la cabeza, y electrizado por los gritos de venganza de sus bandas, olvidó el generoso objeto que le habia llevado á Nápoles, y volvió á caer completamente en las furias de su demencia.

Comenzó por derribar el dosel en que tenia su trono la vispera, volvió á tomar su gorro encarnado y sus andrajos de lazzarone, y se instaló en la ventana de su casa, desde donde arengaba, mandaba y juzgaba, con un arcabuz preparado para hacer fuego, mientras que le presentaban peticiones en la punta de un pica, mientras que la compañía de la muerte ejecutaba ciegamente sus caprichos, y que su muger, despues de un último é infructuoso llamamiento á su razon, iba á buscar en el Cármen, un refugio supremo á su desesperacion.

Solo un pensamiento se advertía en las palabras y en los actos del pescador: el de recobrar su ascendiente por medio del terror general, idea constante de todos los revolucionarios mas ó menos locos. Añadió desde luego cien cabezas cortadas al azar á la horrible decoracion de la plaza; decretó un silencio universal, y que se llevasen los vestidos cortos hasta la rodilla, degolló á todo hombre que se atrevió á levantar la voz, y á toda muger cuya ropa la cubriera las piernas. Redujo el precio del pan tres cuartas partes, y quemó en sus mismos hornos á los panaderos que reclamaron. Variando de opinion repentinamente con respecto á su casa, la trasformó en un palacio: llamó á los arquitectos y maestros de obra, y les mandó demoler los edificios inmediatos. Al mismo tiempo se vistió como un gran señor, y

(1) Todavía existen las monedas que consagraron aquel efímero acontecimiento. En ellas se ven olivos y espigas entrelazadas, una cesta de fruta, indicando el origen de la sublevacion, y las inscripciones: *Hinc libertas, Henricus de Lorena, dux reipublice napolitane, S. P. Q. N. (Senatus populusque napolitanus.)* Y al reverso: *Sancte Juvenari, rege et pro lege nos.*

(1) Hermano de Beaufort, y nieto de Enrique IV por su padre, el famoso Luis de Vendome, mas importante que habil, tenia entonces treinta y cuatro años, y se habia distinguido en las guerras de Luis XIII. Mas tarde llegó á ser virey de Cataluña, se apoderó de Castil-Leon, casó con Laura Mancini, sobrina de Mazarino, mandó la Provenza, tomó á Tolon, venció á Tribalcio en Lombardia, y despues de la muerte de su muger, se ordenó y murió cardenal. Su retrato, que recuerda mucho á Enrique IV, le representa diez años despues de la guerra de Nápoles.



encargó le hiciesen una librea mas lujosa que la del duque de Guisa. Curioso pormenor histórico, y candidez de los hombres sanguinarios en todas las épocas: y dió al pueblo una nueva bandera de color encarnado, (Rivas, tom. II, pág. 54). Cuando atravesaba la ciudad hacia barrer las calles, colgar las casas y tocar las campanas á vuelo como si fuese el Santísimo Sacramento. El, que habia sublevado á Nápoles contra los impuestos, impuso á cada napolitano una contribucion enorme, que fué preciso pagar en el acto, á vista del patíbulo ó del hacha... Su mismo cuñado, viéndose amenazado, tuvo que refugiarse en Castel-Nuovo. Dió un gran banquete en Poggio Reale, otro en los bosquecillos del Pausilippo, convidó á ellos al duque de Arcos, que se guardó muy bien de aceptar, y fué en la falua real, acompañado de músicos, arrojando puñados de oro al mar, haciendo sumergir en él á sus amigos, y golpeando á los que se resistian: saqueó al paso la venerada iglesia de Piedigrotta, se hartó de manjares esquisitos y de vino de Caprea; volvió ya de noche á la playa de la Marinella, le pareció que sus remeros hacian caminar la falua con mucha lentitud; se arrojó á nado para llegar mas pronto, y llamando apresuradamente á su secretario, decretó que la ciudad se sometiese el dia siguiente al virey... Una hora despues, acometido de vómitos bien naturales, desgarró el decreto y acusó al duque de Arcos de haberle envenenado. Acusacion sostenida por algunos historiadores, pero desmentida victoriosamente por la razon. El entendimiento del pescador era el que estaba emponzoñado, no su cuerpo; y eso por sí mismo y por la fatalidad de su papel. Si el virey hubiese sido capaz de semejante crimen, no habria aguardado para cometerle, á que ya fuese inútil.

En efecto, Masaniello se perdía por sí solo de hora en hora, á causa de los excesos de su poder frenético, y los duques de Arcos y de Guisa no tenian que hacer mas que dejarle obrar, para desembarazarse de él... partido prudente y fácil que ambos adoptaron.

Viendo que el señor que ella misma habia elegido para que defendiese su pan y su vida, la arrebatava la bolsa y la cortaba la cabeza en medio de la calle, la plebe mas vil abrió por fin los ojos, y abandonó á Masaniello por los franceses ó los españoles... el prestigio del héroe se desvaneció como el humo, y no quedaron en derredor del loco mas que los bandidos, á quienes la paz no prometia mas que el cadalso. Bien pronto á las aclamaciones del idolo sucedieron los gritos de ¡muera el tirano!... Cuando volvió á recorrer la ciudad para acuchillar y fusilar á los transeúntes, estos le contestaron con una granizada de piedras. Una de ellas le hirió en la frente, y el último rayo de su aureola, cayó con la primera gota de su sangre.

¡Caida lamentable que tomaba el carácter de una pasión!... Conociendo Masaniello que se hundia, convocó á sus últimos amigos en el Cármen. Subió al púlpito con un crucifijo en la mano, y allí apuró los recursos de su delirante elocuencia; enseñó su descarnado pecho, y dijo: —«Amado pueblo!... olvidas mis servicios y penalidades, y me pagas con la mas negra ingratitud... ¡Sabe, pues, que mi ruina será la señal de la tuya!... ¡Te perdono y te bendigo!... ¡Plegue al cielo que tu suplicio sea menos espantoso que el mio!... Un fuego devorador me consume... me he bebido dos cubas de agua y no me he refrescado... Sabe que no estarás en seguridad sino convirtiendo el mercado

en un puerto de mar, y construyendo un puente desde Nápoles á España, para tener comunicacion directa con S. M. Católica... Adios, pueblo infiel y querido, pues que mañana me asesinarás...»

Aquel discurso arrancó la última chispa del entusiasmo; pero el mismo pescador la apagó en los arroyos de sangre que comenzó otra vez á derramar... A media noche volvió á aparecer en su ventana como un espectro, encendió cuatro hachones para atraer á la multitud, y repitió con voz sepulcral: «¡Adios pueblo amado!... ¡Ya no existo mas que en efígie!... Dentro de algunas horas me asesinarás...»

Al dia siguiente, dia supremo, al salir la aurora se vieron en Nápoles preparativos formidables: las ciudadelas del virey estaban coronadas de soldados y cañones: el pequeño ejército del duque de Guisa pronto para entrar en campaña; el marqués de Chatillon apremiaba al arzobispo para que bendijese su matrimonio con María de Arcos, y convidaba á él á todos sus amigos; las escuadras española y francesa formadas en linea de batalla á cada lado del golfo, y en la plaza del Mercado las compañías de la muerte, abandonadas por todos como si fuesen apestados, jurando sepultarse entre las llamas y la sangre, sobre el cadáver de Marcos Vitales, secretario del pescador, muerto por una bala que no se sabia de donde habia partido.

Agréguese á ese cuadro, María de Arcos llorando y aguardando en San Lorenzo: María Aniello llorando y esperando en el Cármen: el *Taglia-topi* y Genovino prosiguiendo sus maquinaciones tenebrosas, y podrá formarse una débil idea de la inmensa agonía de Nápoles.

Como el pescador ya no era mas que una bandera para Luzzaro y Anese, habian encadenado y vigilaban su demencia. Rompió sus ligaduras al rayar el alba y fué á arrojarse á los pies del arzobispo que oficiaba en el Cármen. Allí volvió á subir al púlpito y repitió las escenas de la víspera; habló por espacio de una hora é hizo una confesion pública, mezclada de rasgos de talento y de pantomimas repugnantes. Luego, quitado de allí por mandato del prelado, sumamente fatigado é inundado de sudor, fué llevado á una celda, endonde se quedó dormido, custodiado por su muger.

Concluido el oficio divino, fué invadida la iglesia por un grupo numeroso del pueblo, que gritaba ¡abajo Masaniello, el loco, el tirano!; Paz á la ciudad de Nápoles!... Y aquellos vengadores decididos registraron el santuario y el convento, é intimaron á los religiosos les entregasen al pescador.

Masaniello, despierto y de pie junto á su muger, arrodillada delante de él, miraba desde la ventana de la celda aquel mar, cuyo confuso ruido le habia adormecido en su pobre cuna, aquel mar que habia alimentado su infancia y su robusta juventud: aquel mar, teatro de sus candorosos juegos y de sus honrados trabajos; aquel mar, camino siempre abierto para el dulce retiro de Amalfi. Olvidaba otra vez sus crímenes, su poderío y sus dolores... Latia su corazon con regularidad... sus ojos miraban sin estravio y lloraban sin amargura; su razon, escitada por las lágrimas y las caricias de María, iba á reanimarse tal vez para siempre, cuando se estremeció al oír ruido de armas y su nombre repetido por mil voces... El insensato creyó que el pueblo le buscaba para nuevos triunfos, y desprendiéndose de su muger, se lanzó con los brazos abiertos y gritando con júbilo:

—«¡Me llamas, pueblo fiel?... ¡Héme aquí!... ¡Héme aquí!... ¡Ecco mi!... ¡Ecco mi!...



Por única contestacion recibió cuatro balazos que le tendieron á los pies de la puzzoliana.

—¡Ingratos!... ¡traidores!... ¡pueblo amado!... ¡Maria Aniello!... ¡Maria de Arcos!... ¡Amalfi!... fueron sus últimas palabras y suspiros.

Mientras que los asesinos entregaban la cruz del Cármen á su muger y la volvian á llevar al convento, un carnicero (los carniceros se encuentran con el hacha en la mano en todas las revoluciones); cortó la cabeza al cadáver que parecia conservar todavía un soplo de vida.

Cárlos Cataneo la asió por los cabellos y la sacó ensangrentada por entre la multitud silenciosa y aterrada... y ni un grito, ni una espada se alzaron en favor del hombre que la vispera era el rey y el idolo de la ciudad y del reino... «¡Leccion terrible, añade Rivas, para los que creen en los gobiernos de las calles y en el entusiasmo de la multitud!»

¡Será necesario decirlo todo para que la leccion sea completa!... No solo los insurreccionados de la ciudad renegaron de su héroe y corrieron á unirse unos al duque de Guisa y otros al de Arcos, sino que escepto Annese y sus amigos, cuyo ambicion meditaba un desquite, los últimos partidarios del loco, para congraciarse con sus asesinos, se precipitaron con ellos sobre su mutilado cuerpo, y le arrastraron, dando feroces aullidos, por las calles de la ciudad, hasta que cuando ya no tenia forma humana le arrojaron en los fosos de Porta-Nolano... Otros fueron á recoger, con su cabeza clavada en la punta de una pica, las imprecaciones y ultrajes de los arbales, pagados por Chatillon, Enrique de Guisa y el virey, y luego arrojaron los últimos restos del dios á los basureros públicos. Despues bailaron al frente de su casa incendiada, pasearon procesionalmente y entonando cánticos á San Genaro por todas las plazas, encendieron hogueras en la playa en demostracion de regocijo, y llevaron en triunfo al nuevo duque de la república napolitana.

Tales son las masas, concluye el historiador, y tales serán mientras exista el mundo!...

Y no creais que concluye así la historia de Masaniello y de las grandezas populares... Aguardad un poco y seguidnos hasta el fin.

## XXII.—LA PUZZOLIANA.

Como ya hemos dicho, Annese meditaba un desquite: al dia siguiente encontró la ocasion.

Despues de permanecer toda la noche inmóvil y como muerta en la celda que la servia de refugio, la puzzoliana volvió en sí y se asombró de vivir todavía. Sin embargo, ¡cosa estraña pero siempre cierta!... como no podian aumentarse sus dolores, se sintió mas fuerte en la desgracia absoluta que en las angustias de la vispera, y arrojando el destino, como Orestes, se puso en pie ante su suerte ya cumplida.

Miró por la ventana y vió grande movimiento en la plaza del Cármen. Todos los franceses estaban allí, y traian muy atareados á los napolitanos... Hacian poner colgaduras en las casas, elevar un dosel y sembrar el suelo de flores... La multitud parecia muy ocupada con aquellos preparativos de fiesta... Unos se empleaban en ellos gritando: ¡vivan Guisa y Chatillon!... y otros estaban tristes y taciturnos: algunos se burlaban á media voz, y los mas osados silbaban y amenazaban en alta voz...

—¿Qué preparan esos hombres? preguntó la puzzoliana á la religiosa que la asistia...

—Un matrimonio muy triste... la contestó. ¿No ois las campanas? Toca *por orden*; se prepara la capilla del convento en virtud de *orden*, y un sacerdote va á unir dos esposos, *por orden*...

—¿Por orden de quién?...

—¡Del nuevo señor! ¡Del duque de Guisa!...

Un siniestro presentimiento dejó helada á la pobre muger: en los latidos de su corazon conoció que todavía podia sufrir...

—¿Y quiénes son los que van á casar en virtud de esa *orden*? prosiguió estremeciéndose.

—El marqués de Chatillon, que gobierna aquí con su primo, y la hija del virey prisionera en San Lorenzo...

—¿Maria de Arcos? exclamó la viuda de Aniello recordándolo todo y elevando sus manos hácia el cielo.

¡Pero es imposible!... añadió con horror; Maria de Arcos aborrece á Chatillon tanto como le ha amado... Llamado por ella, y para arrancarla del poder de ese amante indigno, mi pobre marido ha venido á morir en Nápoles...

—En efecto, así lo han contado...

—¿Ha consentido acaso desde ayer en esa union Maria de Arcos?... ¿La dejará su padre llevar á cabo?...

—El virey, sitiado por los soldados de Guisa, no puede hacer nada sin las tropas de don Juan; y aun cuando desembarcasen ya no seria tiempo para la cautiva. Dentro de dos horas la van á conducir por fuerza al altar. La dirán que su padre morirá si no se casa con Chatillon, y se sacrificará por salvar á su padre.

—¡Virgen Santísima!... ¿permitireis este último crimen? dijo la puzzoliana poniéndose de rodillas. Y Nápoles consentirá semejante villanía... ¡Y ese pueblo infame prepara semejante fiesta!... ¡Arroja flores al verdugo y á la víctima!... ¡Ay!... reconozco muy bien á los asesinos de Masaniello... Pero eso no puede ser y no se hará, añadió con exaltacion; ¡no faltará un hombre de corazon que arrebatase ese ángel á ese demonio!...

—¡Lo dudo mucho! contestó la religiosa suspirando... los hombres de bien murmuran: los burlones silban: los mas valientes amenazan; pero nadie se atreverá á hacer frente á Chatillon.

Y en efecto, las campanas continuaban tocando, los preparativos iban concluyéndose, y el marqués atravesaba la plaza entre las mas estrepitosas aclamaciones.

—¡Oh Masaniello! dijo su viuda besando la cruz del Cármen; si no hubiesen atravesado tu noble corazon y tu fuerte cabeza, dispersarias á esos misérrables con solo sacar tu espada. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿Por qué no soy yo mas que una pobre muger?

La puzzoliana estaba fuera de sí: la que tanto habia maldecido los combates hacia diez dias, se sentia impulsada á ellos por una fuerza desconocida. Como ya no tenia que aventurar mas que su vida, la habria dado con placer por Maria de Arcos.

De repente se abre la puerta de la celda y se presenta un hombre: era Genaro Annese.

Maria, que le habia visto defender al pescador en el momento supremo, le recibió apretándole la mano con efusion.

—Y bien, Annese! ¡Todo se ha concluido!... ¡está todo perdido!

—¡Todo puede volver á comenzar!... ¡Todo se ha



salvado tal vez!... dijo Annese, si quereis uniros á mí.

—Para librar á María de Arcos...

—A María de Arcos y á Nápoles á un mismo tiempo. Escuchadme. Y con la elocuencia de un ambicioso que se repone de su caída, y con la habilidad de un actor que sabe representar toda clase de papeles:

He aquí lo que ocurre, prosiguió el armero: despues de su embriaguez de ayer noche, el pueblo ha comenzado á desconfiar esta mañana. Al ver observarse á las escuadras española y francesa, al duque de Guisa y al de Arcos, sin

de no tener mas objeto, el primero, que el de casarse con María de Arcos, y el segundo, el de agrandar á la condesa Yorolda. Guisa ha ofendido á la nobleza dedicando sus galanterías á esa hermosa dama. Los partidarios del virey se indignan de ver á su hija arrastrada al altar por un extranjero rebelde... En una palabra, el pueblo, que ningun alivio encuentra en esas intrigas, comienza á echar de menos al único gefe que le ha amado por si mismo. Masaniello, dicen por las calles (y yo he hecho que sean repetidas estas palabras), Masaniello sabia intimidar á los tiranos; no hu-



Retrato del duque de Vendome, comandante de las fuerzas francesas en Nápoles.

que ni unos ni otros lleguen á las manos, sospecha que esos supuestos enemigos están de acuerdo contra sus franquicias. Ya podeis calcular si habré sacado partido de esas disposiciones. El virey y el duque de Guisa me han ayudado con su poca destreza, restableciendo, á petición de los panaderos, las antiguas tarifas en lugar de las del pescador. Esa medida ha producido una explosión en los arrabales. Todos vuelven á levantar la cabeza, se reunen y deliberan. Acusan á Chatillon y á su primo de burlarse de Nápoles, y

biera consentido que se subiese el precio del pan. ¡Nos han muerto á nuestro libertador!... ¡á nuestro héroe!... ¡á nuestro dios!...

—¡Insensatos!... ¿es tiempo de hablar así despues de haberle arrastrado por los albañales?

—Es tiempo de vengarle, señora, respondió Annese con energía.

—¿Y qué me importa la venganza?... yo no quiero mas que salvar á María de Arcos.



—¡Pues bien, venid a salvarla conmigo! Con solo presentarse la viuda de Masaniello pongo cien mil hombres á su disposición.

—¿Estais seguro de ello?... dijo la puzzoliana levantándose orgullosa y terrible...

—Os respondo con mi cabeza.

—De todos modos, si no la salvo moriré por ella. Vamos, marchemos, os sigo á donde queráis con tal que el pueblo nos acompañe á la prision de María.

Probáremos que no inventamos nada... «En un instante, dice el señor duque Rivas, la ciudad volvió á tomar el aspecto aterrador de los primeros días. El nombre del glorioso Masaniello se encontraba en los labios de todos los que en la víspera, habían arrastrado el cadáver ensangrentado y mutilado de su jefe, y arrojádole á un muladar. Se decidió la muerte de los traidores que le habían asesinado, y se apresuraron á buscar sus restos para llevarlos en triunfo.... Llegaron al estercolero y registraron con mucho cuidado la ba-



Annese y Luzzaro interrumpen el casamiento de Chatillon y Maria de Arcos.

Y un cuarto de hora despues, la puzzoliana atravesaba á caballo la ciudad de Nápoles, y renovaba la insurreccion que no esperaba mas que una bandera.

En cuanto á bandera, Annese imaginó una mas poderosa que la viuda del pescador.

Despues de haber hecho que gritasen, ¡gloria á Masaniello! dispuso que gritasen; ¡si Masaniello no hubiese muerto! y luego; ¡si Masaniello pudiese revivir! y por último; Masaniello ha resucitado...

TOMO XI.

surra en donde yacia la cabeza del héroe... uniéronla y co-siéronla al cuerpo, y lavaron el cadáver en las aguas del Sebeto: se arrodillaron, lloraron é hicieron oracion delante de aquellas reliquias, como si fuesen las de un mártir, y perfumándolas con respeto, las cubieron de púrpura, de oro y de flores: pusieron encima la famosa cruz del Cármén, y las pasearon debajo de un dosel por toda la ciudad de Nápoles, á manera de una procesion. El grito de ¡Masaniello; he ahí á Masaniello! dejó estupefactos á los españoles, Iso



franceses, las dos escuadras y la guarnición. El mismo virey, y el duque de Guisa que habían visto la cabeza del dictador, no pudieron librarse de cierta especie de terror. En cuanto al populacho, fácil es concebir con cuantas esperanzas se embriagaría. Todos querían ver y tocar al semi-dios muerto ó vivo... y poseer un objeto que le hubiese pertenecido. Se disputaban los menores fragmentos de su vestido: los que consiguieron ver de cerca el cadáver, decían: está efectivamente muerto, pero nos manda desde el cielo!... otros aseguraban que estaba dormido ó aletargado, pero que volvería á levantarse para destruir á los enemigos de Nápoles! El innumerable acompañamiento llegó á la iglesia de Cármén, oscureció con su pompa los preparativos para la boda de Chatillon, pisó las flores esparcidas de orden del marqués, y las mismas manos que habían colocado las colgaduras y el dosel, las desgarraron y descolgaron delante del cuerpo de Masaniello. El cadáver-rey, fué puesto en la nave principal sobre un catafalco magnífico, rodeado de las banderas de los arrabales, de los estandartes de todas las cofradías, y de una guardia popular de diez mil hombres, que parecía haber salido de la tierra como por encanto. El terror reunió allí á las comunidades religiosas, los magistrados, los funcionarios, y hasta ocho pages del virey con trage de ceremonia, y grandes hachas de cera en la mano. El oficio de difuntos se celebró pontificalmente entre el estruendo de las salvas de artillería, y el doble de todas las campanas de Nápoles. Los hombres cantaban y las mujeres sollozaban: todos tocaron sus rosarios en el féretro y decían de rodillas:—*Beato Masaniello, ora pro nobis*. En fin, el cuerpo fué conducido á la bóveda del templo y sepultado allí con la cruz del Cármén, según el deseo sagrado del pescador, saludado con un *adiós* por los que lloraban al difunto y con un *hasta la vista*, por los que aguardaban su resurrección; unos y otros fueron al átrio á comprar millares de bustos de cera, y retratos al lápiz (1) improvisados por los especuladores de aquel grande día (2).

Entonces fué cuando la púzzoliana, que había presidido aquella fiesta fúnebre, con las emociones que se pueden imaginar, reunió en la plaza del Cármén á todos los gefes del pueblo, y señalándoles el fuerte de San Lorenzo, en donde María de Arcos se hallaba cautiva, recordándoles lo que la noble jóven había hecho por Masaniello, lo que éste había pedido para ella, las injurias y padecimientos que sufría y que exigían una reparación, y el matrimonio horrible que por fuerza iba á unirla con Chatillon, intimó á los napolitanos con voz inspirada, en nombre del honor y del reconocimiento, en nombre de sus mugeres, de sus hermanas y de sus hijas, en nombre de Dios, de la Virgen y de los santos, en

nombre de la memoria y de la voluntad suprema de Aniello, en nombre del respeto y del amor que manifestaban á su vida, en nombre de su propio reposo en la tierra, de su vida que estaba pronta á sacrificar, y de su felicidad en el otro mundo, en donde rogaría por ellos, corriesen con ella á la prision de María de Arcos, y la arrancasen del poder del hombre odioso que iba á arrastrarla al altar.

—Si así lo haceis, concluyó la heroína, Masaniello, desde lo alto del cielo, y por mi boca, os perdona su muerte, y os promete la salvación de Nápoles...

—¡Gloria á Masaniello! ¡gloria á la púzzoliana! ¡A San Lorenzo! ¡Abajo Chatillon! ¡salvemos á María de Arcos! respondieron Annese y sus tenientes, todos los demás gefes de la rebelion, y luego las cien mil voces de la multitud.

Y un océano de hombres, agrupándose en pos del armero se precipita hácia el fuerte de San Lorenzo, arrolla la guardia, derriba las puertas y llega hasta la habitacion de María.

Pero ¡oh sorpresa y furor! ¡ya era demasiado tarde! ¡la habitacion está desierta y la prision vacía! El alcaide, consternado, refirió á Annese, que Chatillon, arrastrando á su prisionera por los subterráneos, que una mano desconocida le había abierto, se hallaba ya en el Cármén, en donde el matrimonio debía estar concluido en aquel momento.

—¡Al convento del Cármén! gritó la púzzoliana á quien nada desalentaba, y que solo la muerte podía contener.

Y volvió á tomar el camino de la iglesia con Annese y el torrente popular.

Pero antes de llegar allí, sepamos lo que la había ocurrido á María de Arcos, desde su rapto de Castel-Nuovo.

Es necesario recordar su ternura y su fé en Chatillon, para medir la profundidad de su caída, cuando conoció, sin que la quedase la menor duda, que el hombre á quien tanto había amado y tan noblemente defendido, era un traidor á su padre, un cómplice de Guisa, un raptor y un carcelero.

Caída de repente desde el cielo al infierno, desde la adoracion de un ángel en el poder del demonio, pasó largas horas en San Lorenzo sin fuerza mas que para llorar, y dirigir á Masaniello el grito que debía perderle sin salvarla.

Informada por la mañana de los preparativos de su matrimonio, y prevenida por Chatillon, de que solo enlazándose con él podía salvar la vida de su padre, luchaba á vista de aquel terrible cáliz sin atreverse á rechazarle, cuando el mismo marqués, acelerando la ceremonia con motivo de la insurrección, se la llevó violentamente por los subterráneos, merced al desconocido que le franqueaba aquel camino.

Ya adivinarán nuestros lectores que este no podía ser otro que un agente del *taglia-topi*, que daba el golpe de gracia al duque de Arcos, entregando su hija al enemigo de la España.

Llegó María de Arcos mas muerta que viva á la capilla del Cármén y encontró allí dispuesto un altar, dos sillones nupciales, adornados con flores de lis, una decena de franceses para servir de testigos, y por oficiante, un cardenal vendido al marqués. La historia ha condenado al desprecio su nombre, y se limita á consignar en sus páginas, que el arzobispo rehusó aquel papel.

Recordaron á la jóven que su mano era el rescate de la vida de su padre... bendijeron los anillos de su cadena eterna, y cuando su corazón gritaba *no*, con toda su fuerza, iban á arrancar el irrevocable *si* á su terror filial, pero

(1) El retrato de Masaniello que presentamos en esta historia, ha sido copiado de uno de aquellos dibujos.

(2) Mr. Bazin, en su notable *Historia de Francia en tiempo de Luis XIV* y de Mazarino, reasume en muy pocas líneas el destino sin igual de Masaniello. «El primer día, aquel pescador sacado de su estado natural, venció sin armas. Con el pueblo armado procedió á la ejecución de sentencias terribles dictadas por la victoria. Al tercero, dictó las condiciones de la paz: al cuarto, se libró de una tentativa de asesinato. El quinto, después de obtener todas las promesas que había exigido, iba á entregar osadamente su cabeza en brazos de un señor ó amo humillado. Pero entonces dejó el vestido de trabajo, de combate, de la soberanía popular, ó mas bien tomó un trage en que la plata encubría su temible desnudez. El día sexto reino: el sétimo, marchó en triunfo, al lado del virey, para que la religión consagrara las concesiones arrancadas por la rebelion. El octavo y noveno se volvió loco: y en fin, el décimo, algunos hombres le mataron públicamente, como á un animal rabioso, y el pueblo arrastró su cadáver por las calles. Al día siguiente, aquel mismo pueblo, recogiendo piadosamente los restos de su héroe, le hizo unas pomposas exequias.»



un gran ruido de pasos, clamores y armas resonó por todo el convento, é hizo suspender el sacrificio.

Era la puzzoliana con los secuaces de Annese y de Luzzaro. Si hubiese trascurrido un minuto mas, ya no era tiempo.

—¡María de Arcos! gritó una voz que la jóven reconoció muy bien; María Aniello, la viuda del pescador, os recompensa trayéndoos la salvacion.

Y la sublime muger, estenuadas sus fuerzas, cayó en el umbral de la capilla, mientras que Annese y Luzzaro, con la espada en la mano, cercaban á Chatillon, á los franceses y al cardenal.

En vano invocó el prelado su púrpura y la santidad del lugar.... en vano Chatillon protesta, arenga, amenaza y suplica. En un momento el primero es arrebatado del santuario, el segundo desarmado y hecho prisionero, y María de Arcos libre y salvada, confiada á la custodia de la puzzoliana, que reanimada por sus lágrimas de júbilo, se levantó con un vigor sobrehumano, y se la llevó en sus brazos.

La noche de aquel dia, dos mugeres colocadas en una ligera barca, guiada por un piloto fiel se alejaron de Nápoles y se refugiaron en la casita de Masaniello.

Una de las mugeres era la que habia rescatado aquella casa, María de Arcos, hija del virey: la otra era su libertadora, María Aniello: la barca era la del pescador-rey, y el piloto su cuñado.

En vez de dejar espuesta á los peligros á su hermana ante la Virgen, volviéndola á entregar á su padre, la puzzoliana, despues de habérselo avisado al duque de Arcos, la puso á cubierto, hasta el fin de la guerra, en el asilo que debía á su generosidad.

Feliz inspiracion de su patrona para las dos Marias, por que la primera no podia tener un ángel custodio mas agradable y dulce que la segunda... ni esta un ángel consolador mas complaciente é interesante que la primera.

La viuda de Masaniello no debía sobrevivirle mas que para concluir su obra con respecto á María de Arcos.

### XXIII.—CONCLUSION.

Al dia siguiente, Annese habia conseguido su objeto. Fué proclamado sucesor de Masaniello, y capitán general de Nápoles... Habia un partido mas en la guerra civil, que iba á volver á abrir las llagas de aquella ciudad desgraciada.

Ahora nos bastará reasumir los hechos en algunas líneas.

Nápoles se habia perdido para España, si el duque de Vendome hubiese apoyado con su escuadra el mágico triunfo del duque de Guisa; pero la presencia de don Juan de Austria, las vacilaciones de Mazarino, y sobre todo los manejos de Basilo y de Genovino (que presentaron á Guisa como cogido en el lazo) salvaron el vireinato de Felipe IV, retardando la accion del ejército francés. Una vez perdida la ocasion, y arrebatado el pueblo á Guisa por Annese, Vendome, abrumado de quejas y aun de ultrages por su aliado, le abandó á sí mismo, despues de un simulacro de combate con don Juan.

Entonces, el jurisconsulto y el *taglia-topi* se encontraron seguros al lado del virey á quien engañaban: el primero, tenia por la noche noticia de lo que pasaba durante el dia, y el segundo recorria á Nápoles por debajo de tierra, y era invisible para Chatillon y Guisa: ambos dirigian sus miradas contra el príncipe francés y el armero napolitano. Algunas insinuaciones bastaron para indisponer aquellos dos

rivales, y que se profesasen un odio mortal: uno y otro se disputaban la ciudad como una presa, y comenzaron á conspirar... Annese retuvo á su lado la bez mas violenta del pueblo; pero Guisa atrajo á su partido la clase media, una parte de la nobleza, y un millar de franceses que habian abandonado la escuadra de Vendome.

Con aquel pequeño ejército, cansado de una guerra de calles y de traiciones, y sacudiendo la red de intrigas galantes en que procuraba envolverle la España, Enrique de Guisa abrió la campaña contra los castellanos, que don Juan acababa de poner en tierra junto al astillero, no por socorrer al virey, sino para atacar á los franceses.

Durante algunas semanas, los dos príncipes á la cabeza de sus tropas hicieron prodigios de valor, y dieron muestras de habilidad. Muchas ciudades y ciudadelas fueron tomadas y recuperadas por asalto.

En fin, los dos ejércitos se dieron una batalla decisiva en la misma ciudad de Nápoles. Annese, que habia sonado en el papel de tercer conquistador, se pasó aquel dia al lado de Guisa, que se hizo bien pronto dueño del Cármén y de las mejores posiciones de la ciudad.

Iba á ametrallar á golpe seguro á don Juan y á los españoles, cuando una sorpresa horrible, una traicion formidable, desarmó su brazo, detuvo su triunfo y rompió la corona en su cabeza.

Habia asestado cien cañones contra las tropas y galeras españolas, y no tenia con qué cargarlos. Al efecto mandó sacar doscientas mil libras de pólvora de los subterráneos que tenia á su disposicion... Pero ¡oh desencanto increíble! ¡Sus artilleros desaparecen ahogados en las bóvedas del Cármén!... Corren otros á San Lorenzo, y encuentran la misma inundacion é igual catástrofe... Otro tanto sucede en el fuerte de San Telmo, en Porta-Nolana, en el Vomero y hasta en Castel-Nuovo; en fin, por todas partes.

Aquella era la grande obra del *taglia-topi*, que dando vuelta á la llave habia introducido el mar en los subterráneos.

Merced á él, Guisa y los franceses, Annese y los napolitanos, no tuvieron mas recurso que rendirse á discrecion.

Con su veleidad acostumbrada, el pueblo saludó á don Juan de Austria con las mismas aclamaciones que habia prodigado á Masaniello, á Guisa y á Annese. El hijo de Felipe IV recorrió á Nápoles como vencedor, hizo que le entregasen las llaves de todas las fortalezas, asistió á un *Te-Deum* en el Cármén con una multitud entusiasmada, recibió poderes absolutos de la corte de Madrid, pagó al *taglia-topi* las quinientas mil libras convenidas, y dió á Genovino la presidencia del consejo que se le tenia ofrecida.

«Era cosa increíble, dice Santis, el ver como lloraban de gozo y de enternecimiento, los hombres y las mugeres de Nápoles, jóvenes y viejos, ricos y pobres. Los amigos y los enemigos, los habitantes de la ciudad y los de afuera, se abrazan sin rencor, olvidando los saqueos y las violencias de los dias pasados... Cada uno no tenia ya evidentemente mas que un deseo, el de gozar por fin de la paz tan vanamente comprometida, y por tan largo tiempo apetecida.»

Escepto algunos impuestos que quedaron abolidos, ninguna alteracion se hizo en el gobierno... no se mudó mas que el gobernador. Porque humillado como incapaz, y casi acusado de traicion, el duque de Arcos creyó salir muy bien librado, deponiendo el vireinato en manos de su rival, el



conde de Oñate, que justificó la confianza de don Juan, con la firmeza y habilidad de su administración.

Cien palacios habian sido incendiados... diez mil victimas habian sucumbido á impulso de la hacha, del puñal y de las batallas... Centenares de millones habian salido del bolsillo de los napolitanos... Annese y Luzzaro fueron ahorcados: el conde de Oñate reinaba, Genovino presidía y Basilio vivía con sus rentas...

Tal fué el premio de la rebelion, del heroismo, de los crímenes, de la locura y de la muerte de Masaniello.

*Et nunc intelligite, ¡vosotros los que haceis revoluciones!*...

Concluyendo como hombre de corazon, cual todas las malas cabezas de su raza, Chatillon se hizo matar en su prision, con las armas en la mano, batiéndose solo contra doscientos españoles.

El duque de Guisa quiso tambien morir como héroe, y sostuvo todavía la lucha con un puñado de valientes. Pero invulnerable á pesar suyo, sobre su caballo acribillado de heridas, entregó su espada a dos oficiales españoles. Admirados estos de tanto valor, la rehusaron, y solo acepta-

ron el lazo verde é isábel, colores de la señorita de Pons

El duque fué enviado prisionero á Madrid. Su primo, el gran Condé, le rescató para emplearle en las guerras de la Fronde. En 1634 volvió á presentarse infructuosamente en Nápoles, y murió diez años despues, sin posteridad.

El duque de Arcos recogió á su hija en la casa de Amalfi, y la llevó á España, en donde se estinguió en la oscuridad, mientras la prometida de Chatillon se encerraba en un convento.

La puzzoliana acabó sus tristes dias en el retiro que debia á María de Arcos.

Aquel asilo ya no existe, y se ignora en donde reposa Masaniello, que fué estraido de la iglesia del Cármen.

La desaparicion de su cuerpo ha contribuido en gran manera á las tradiciones populares que todavia subsisten en Nápoles acerca de su resurreccion.

Solo se encuentra en Amalfi una especie de pirámide con cuatro aberturas y columnatas. Los habitantes la enseñan á los viajeros como el mausoleo del pescador-rey, pero nada prueba su autenticidad.

## ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



La CARIDAD, copia de un cuadro de E. Gibot, presentado en la esposicion de París de este año.



## PARÍS Á VISTA DE HISTORIA,

DESDE SU ORIGÉN HASTA NUESTROS DIAS.



A la señora de...

Cediendo gustoso á la amable invitacion que ha tenido vd. la bondad de hacerme, voy á decirle algo de París, ya que desea noticias de esta ciudad antes de realizar el viaje que se propone hacer para admirarla. Con mis notas y observaciones es posible que no aprenda vd. gran cosa, pero siempre le servirán para formar una idea de lo que es esa Babilonia moderna.

Quiero proceder con método: voy á comenzar por el principio; no se asuste vd., sin embargo, que no pienso remontarme hasta el diluvio: me basta con rejuvenecer dos mil años á lo sumo.

## I.

## LUTECIA GALA Y ROMANA.

Origen.—Bosques galos.—Druidismo.—Los romanos en Lutecia.—Pormenores acerca de las costumbres.—El día de una luteciense.—Renovacion.

Rejuvenecido en dos mil años, ¿qué es lo que veo? La isla de la ciudad solo se halla ocupada por algunos centenares de cabañas de tierra, y en derredor mio solo descubro un terreno obstruido por una frondosa y espesa selva. Las aguas del Sena corren turbias y cenagosas, los pantanos hacen impracticables sus orillas, y el aire se encuentra cargado de emanaciones insalubres.

No lejos del Sena, olmos á que jamás ha tocado el corte del hacha, estienden sus ramas sobre un peñasco cubierto de líquenes siniestros, y allí, á una señal de los druidas y en medio de las tinieblas de la noche, el sacrificador quema, en honor del dios Teutates, las figuras de mimbre que encierran víctimas humanas.

Sin embargo, tranquilícese vd., porque los holocaustos galos tendrán termino: las águilas romanas acaban de lanzarse sobre la Galia con las garras abiertas, y la Galia debe sucumbir.

¡Metamorfosis maravillosa!... el genio de Roma ha embellecido ya á Lutecia: el hacha ha derribado los bosques; en las márgenes del Sena risueñas praderas han sucedido á los pantanos, y bien pronto bajo la dominacion de César, las inmediaciones de la ciudad presentarán fortificaciones formidables.

Y no solo el luteciense embellece el suelo, sino que se apodera de sus entrañas: con grandes masas de piedra estraidas de sus canteras, modela los dioses del Olimpo, forma arcos magestuosos para el palacio que debe habitar el emperador Juliano (calles de La Harpe y de Mathurinos), labra lápidas tumularias para los sepulcros del Monte-Cetardus (Monfietard), y mas tarde festoneará elegantemente las columnas con capiteles corintios para el templo que edificará á Júpiter sobre un terraplen de la isla, ó al dios de la guerra en las alturas del Monte de Marte. (Montmartre).

Aunque el luteciense aprecia en mucho sus riquezas au-

toctonas, se guarda, sin embargo, de despreciar las riquezas exóticas, así es que recibe honoríficamente la plata ó el oro con la efígie de los emperadores romanos: tradicion venerada, en que los ciudadanos del siglo XIX imitan seguramente, y aun quizá aventajan á los del siglo V.

Dió un paso el tiempo, y bien pronto se mezclaron galos y romanos: confundieron sus usos, sus placeres y su religion, como dos rios que corren por una misma region reflejan iguales astros y cielo.

Pero los galos solo se resignaron á seguir la fortuna de Roma cuando se convencieron de que la esperanza de reco-



Señora de Lutecia en su tocador.

brar su antigua libertad era ilusoria. Muy pocos de los que en la actualidad habitan las elevadas regiones de Montmartre y de la montaña de Santa Genoveva, tienen idea de los terribles combates que las legiones de Julio César sostuvieron con sus antepasados en los mismos sitios en donde se elevan sus tranquilos hogares.

Así es, que el ver algunos galos rebeldes á la dominacion romana, me tranquiliza muy poco: véalos vd. con su barba larga, vestidos con pieles de animales salvajes, y su aspecto feroz: fieles á Teutates, han conservado la horrible costumbre de beber en cráneos humanos la sangre de sus enemigos.



¡Pero cuán diferente es el aspecto de sus compañeras!... el genio de Roma las ha subyugado. Como Diodoro, puedo decir que su tez es tan fresca y delicada como la flor del agavanzo ó rosál silvestre, y que el azul de sus pupilas se asemeja al puro azul de los cielos. Su mismo traje no sería despreciado por una elegante del siglo XIX, porque el tegido de sus vestidos, bordados con hilos de púrpura, procede de los espléndidos almacenes á estilo de los de Cartago, y ostentan en sus maneras la delicadeza de la sociedad aristocrática de nuestros días.

Por la mañana reciben sucesivamente de mano de sus criadas, las pastillas de myrto que purifican el aliento, la pasta que da color á las encías, y los polvos que reaniman el esmalte de los dientes.

Luego, mientras almuerzan las damas galas, es de buen tono el que una esclava las lea las historietas nuevas, en tanto que otra prepara el cosmético que dará mas realce á la fisonomía de su ama, y por último la tercera, despues de presentarla el espejo de bruñido acero, pondrá al fuego los hierros que deben formar los elegantes bucles de su cabellera.

Pero lo mejor es, y este refinamiento lo ignoran nuestras damas contemporáneas, que la gala que se estimaba en algo, tenia la costumbre de meterse al levantarse en un baño suspendido, de tal modo, que le permitia disfrutar á un tiempo las delicias del baño y el columpio.

Cuando llegaba la hora del paseo, la gala se calzaba sus borceguines de púrpura, y despues de adornarse con pendientes, collar y brazaletes, si el tiempo estaba bueno, iba al campo de Marte á presenciar los ejercicios ecuestres y las maniobras de las legiones.

Pero si el tiempo era malo y la gala permanecía en su casa, las esclavas recibían orden formal de negar la entrada á todo acreedor, y de abrirla de par en par al adivino si se presentaba. Semejanza y tradiciones que se han conservado religiosamente hasta nuestros días.

Viendo lo cual, los galos, fieles á su antiguo culto, decían: ¡Teutates nos abandona ó es impotente!... ¡Hemos combatido por nuestra libertad, y somos esclavos!... ¡La fuerza ha triunfado del derecho, y reinan los dioses de Roma!...

Que esperen un poco los antiguos galos: el reinado de los dioses de Roma será muy efímero. En un rincón de la Judea, sobre la colina del Calvario, Jesus ha extendido sus brazos al mundo como para estrecharle con un abrazo de perdon, y sus palabras de paz y de misericordia van á hacer desaparecer de día en día del espíritu de los hombres, á los dioses sanguinarios y mentirosos!...

## II.

### PARIS ANTIGUO Y MODERNO.

Etimología.—Los francos.—Atila.—Santa Genoveva.—Merovingios.—Luis XI.—Edad media.—La ciudad.—La universidad.—Callejuelas.—Iglesias.—Torrecillas.—Argollas.—Picotas.—Costumbres.—Francisco I.—Renacimiento.—Enrique IV.—Richelieu.—Luis XIV.—Luis XV.—Los convulsionarios.—Luis XVI.—El terror.—Napoleón, etc.—Progresos.—Monumentos diversos.—Paris visto desde el P. Lachaise.

La identidad de París con la antigua Lutecia, se halla probada por las medidas del itinerario de Antonino y por las descripciones de César en sus Comentarios. En cuanto al nombre de París, la opinion histórica mas acreditada le

atribuye á la emigracion de algunos pueblos belgas, llamados *parisii*, que se establecieron en la isla del Sena, denominada en el día la Cité (ciudad).

Cuando despues de los romanos llegaron los francos, Clodoveo, hijo de Meroveo, estableció en París la silla de su gobierno el año de 509.

Bien pronto avanzó hácia la ciudad el terrible Atila, pero el cielo habia confiado su custodia á una jóven pura y sencilla, y las oraciones de Santa Genoveva alejaron las feroces hordas del *Azote de Dios*: adoptada por patrona, los ciudadanos en sus peligros, los hijos en sus dolores y las madres en sus tribulaciones y amarguras, han acudido siempre, y acudirán en lo sucesivo, al templo de la santa á implorar su poderosa intercesion.

Dirijamos una mirada sobre el París de aquella época; paseándonos por la orilla en donde se eleva hoy el malecón que se estiende hasta los almacenes del depósito de los vinos.

Primero veremos la isla de la Cité, bastante parecida á un buque en el surgidero; navío que mas tarde, París ya engrandecido, colocó en sus armas, en señal de reconocimiento, para indicar el origen de su gloriosa cuna. En la punta de la isla y en donde se encuentra la catedral de Nuestra Señora, que vd. conocerá sin duda si ha leído á Victor Hugo, se ve el raquítico campanario de una iglesia romana, y junto á ella un hospital. En fin, en el mismo sitio en que está el Mercado de las flores, procuremos descubrir ese sombrío y bajo edificio que sirve para la detencion de los condenados; al verle, preciso nos será confesar que el mundo se muda menos de lo que generalmente se cree: ¿no es en esa cárcel en donde se elevan los muros de la Consergeria? ¿El hospicio de origen romano, no está exactamente en el terreno que ocupa el triste recinto del Hotel-Dieu? Y en fin, la metropolitana de París, ¿no ha reemplazado á la basilica franca?

Ahora dirijamos otra mirada sobre la orilla derecha del río; allí los campos están sembrados de habitaciones pintorescas, pero mezquinas, y se destacan sobre el fondo verde oscuro del bosque que se ve á lo lejos: si lo examinamos con detenimiento, reconoceremos poco mas ó menos lo que vemos en nuestros días al salir de las barreras. En los segundos términos campos: aqui jardines y allí granjas, delante de las cuales se pavonean los melancólicos patos, ó saltan los aturdidos polluelos; en fin, si hace buen día, al caer la tarde, de seguro los francos y galos que encontremos en el camino, estarán alegres con las frecuentes libaciones hechas en las casitas que hay á lo largo del Sena.

Si volvemos la vista hácia la izquierda, podremos seguir las ondulaciones de la colina en donde se ha levantado el altar de Santa Genoveva al lado de su sepulcro, y en donde habia desparramadas varias casucas; unas agrupadas en una cima forman ya un pueblo, y otras, sembradas por las laderas del monte, parecen correrse hácia los ribazos del río; en fin, si el día está despejado veremos reflejar con los rayos del sol el chapitel de la torre que acaba de construirse, San Medardo.

Como es bien sabido, París, en tiempo de los Merovingios y Carlovingios, invadió las dos orillas, y desde entonces se estiende sin cesar... Pero permitasenos el envejecer un poco rápidamente para acercarnos á una época en la que ya encontraremos la ciudad con dimensiones colosales;



leguemos, pues, al reinado de Luis XI. En tiempo de este monarca, la población no ascendía á menos de 500,000 habitantes, y se dividía en tres partes distintas: la Cité, la Universidad y la Villa ó ciudad. La Cité se distinguía por sus iglesias, la Villa por sus palacios y la Universidad por sus colegios.

El morador de aquel tiempo, que como el de nuestros días, se complacía en mirar su ciudad desde lo alto de los cerillos de Montmartre, veía estenderse bajo sus pies una aglomeración de edificios tan imponente como pintoresca.

Pero si es necesario colocarse á cierta distancia para juzgar bien el efecto de las cosas, no lo es menos el acercarse para poder apreciar bien sus detalles: interpuesto entre nuestra vista y los objetos, el aire esparce un tinte azulado sobre los terrenos mas lividos, y un rayo del sol hace brillar los harapos; así, pues, penetremos en París.

¡Cielo santo!... es una red impenetrable de feos callejones, de calles estrechas y tortuosas, de callejuelas oscuras, hediondas, abiertas sin sujeción á regla alguna, y un cenagal capaz de poner á prueba la habilidad del mejor equilibrista; por aquí, las casas se acercan y se tocan; por allí se alejan sin motivo; casas mezquinas con fachadas mas despreciables todavía; ventanas con papeles untados de aceite en lugar de vidrios, de las que salen sosteniendo pingajos, largas perchas desplomándose casi hasta el mismo suelo.

Mas, sin embargo, debemos ser justos: de trecho en trecho se elevan en aquellas calles galerías correctas y edificios magestuosos, álzase maravillosas torreallas en las callejuelas, y en los callejones se encuentran algunas iglesias espléndidas.

Y ahora, para completar el cuadro añadiremos algunas horcas por acá, y algunas argollas y postes por allá: luego hagamos circular por ese inmenso laberinto un pueblo enfermizo y andrajoso, hombres de la clase media muy apresurados, nobles con grandes casacones, pages con casacas brillantes, médicos, abogados, magistrados y clérigos con su traje negro, y tendremos una idea del espectáculo que gozaban los antiguos diariamente, desde el siglo XIV al XVI.

Para el temerario que se aventurase á entrar en la ciudad despues del toque de queda, el aspecto de la población pudiera tener algún atractivo, al entrever los caprichosos testones que formaban los tejados, dibujando en el espacio sus negros perfiles; pero pocos parisienses debían permitirse entonces esa distracción poética; tan terrible era en aquella época la ciudad para todo hombre honrado que tenía que recorrerla al resplandor de las estrellas. Hasta los alguaciles de la prebostía, aunque armados con sus partesanas, no se atrevían á acercarse á ciertos sitios, especialmente al cuartel de San Marcelo, sin muchas precauciones. En efecto, en cuanto cerraba la noche, en las callejuelas cenagosas próximas á la plaza Maubert, pululaban los ladrones, rateros y otras variedades de la especie, y ademas, esta era la hora en que los hechiceros, mágicos, y los que daban maleficios, se entregaban á sus ingeniosas, pero poco loables profesiones.

Pero guardémonos de desesperar: las tinieblas de la edad media se fueron disipando, y la aurora de la era moderna iluminó con sus resplandores el nuevo reinado á que llegamos. Francisco I subió al trono, y todo fué progresando, las artes y las ciencias. San German l'Auxerrois, con sus esbeltas campanillas, la casa de ayuntamiento y su de-

licada fachada y otros muchos monumentos quedaron restaurados ó reedificados. Pedro Lescot se preparó á renovar el Louvre, Juan Goujon avanzó hácia las Tullerías, Amyot tradujo á Plutarco, Montaigne preparó sus *Ensayos*, y Clemente Marot admiró con sus candorosas gracias.

Pero los franceses, todavía no podían sin dificultad reconciliarse con el genio de su nación, porque durante largo tiempo representaron un papel muy desairado: la Francia no tuvo la menor parte en esos descubrimientos geográficos que debían trasformar el mundo comercial, y en esos descubrimientos científicos que iban á producir una revolución en la constitución misma de las naciones. La imprenta y la pólvora fueron inventadas, quedó explicado el verdadero sistema del universo, los españoles llevamos á cabo la conquista de Méjico, los portugueses nos siguieron, los ingleses pensaron en imitarnos; y mientras tanto ¿qué hacían los franceses? Daban torneos, cortejaban como paladines, ó bien cual verdaderos pedantes se afanaban en disputar sobre el nominalismo y el realismo...

Enrique II y Francisco II continuaron el renacimiento, y Carlos IX ocupó á su vez el trono: todavía me parece oír el lúgubre sonido de la campana del palacio de Justicia tocando á rebato la noche de la famosa San Bartolomé... Pasemos, pasemos ese período infausto, y apresurémonos á llegar al buen Enrique IV que ahora se ve en estatua en el Puente Nuevo, y á quien el pueblo reserva tan gran lugar en sus tiernos recuerdos.

¡Luis XIII que le sucedió, ó mas bien Richelieu, nos hiele los sentidos!... A pesar de las magnificencias de Buckingham, y del espíritu afectado de la Place-Royal, no podemos apartar los ojos del terrible Armando de Plessis. ¡Qué figura tan sombría!... Me parece que le estoy viendo en este momento, gracias á su excelente retrato hecho por Felipe de Champagne. La Francia monárquica va á fortalecerse, pues Luis XIII tiene un sucesor. Los trágicos, y particularmente Victor Hugo, deben á ese reinado páginas magníficas, suministradas por la sangre de los Thou, Cinq-Mars, los Montmorency y tantos otros hombres ilustres. ¡Cuánta sangre va á correr para realizar la obra de la unidad nacional, de que el desapiadado cardenal pretendía formar su título para la admiración de la posteridad!...

Las turbulencias de la Fronde nos importan muy poco. Ese último esfuerzo; esas reclamaciones debilitadas de los restos del feudalismo, nos recuerdan chismografías demasiado pueriles para que nos detengamos en ellas. Ademas, sentimos una grande impaciencia, por tener el insigne honor de hablar de Luis el Grande, rey de los reyes. ¿Mas cómo nos hemos de espresar cuando se trata de semejante monarca? Va á realizar en Versalles los mas sorprendentes prodigios: edificará para sus encanecidos héroes el magnífico palacio de los Inválidos: apenas sube al trono, su genio aparece radiante á la Francia, y produce con una mirada, con una sonrisa, con una palabra feliz y oportuna los grandes talentos que todavía iluminan á la Europa. Moliere, Racine, La Fontaine, la Bruyere, Boileau, Turenna, Villars, y Condé forman su aureola. Su nombre solo reasume todas las glorias y un siglo enteró le aceptará por padrino, con mas justo título que en otra época á Pericles, Augusto y los Médicis.

Pero en tiempo de Luis XV, en ese reinado que abraza las tres cuartas partes de un siglo, y que consiguió marchi-



tar los gérmenes mas generosos del reinado anterior, y destruir el prestigio de grandeza creado por su glorioso antepasado, ¡qué contraste tan notable!... Las pasiones mas viles se infiltran en todos los corazones; la corrupcion estaba á la moda, y el vicio era un título de elegancia. En vano el arquitecto Soufflet edifica á Santa Genoveva: en va-

ciencia; no se puede perdonar á ese reinado. Solo se descubren dos puntos luminosos en esas densas tinieblas; los trofeos de Fontenoy y la incendiaria aureola de Voltaire.

Y sin embargo, ¡cuántas contradicciones en tiempo de Luis el Amado!... Seguramente, para presentar la prueba no penetraremos en los retretes del tiempo, aunque nos



Vista de la ciudad de París á vuelo de pájaro, en la edad media.—1, Torre de Nesle.—2 Bastilla.—3, Nuestra Señora.—4, Torre del Temple.—5, Torre de Santiago de la Boucherie.—6, Pequeño Chatelet.—7, Torre del Reloj del Palacio.—8, Grande Chatelet.—9, Termas de Juliano.

no la plaza de la Concordia nos presenta sus disposiciones monumentales: en vano las señoras marquesas se atavian con coquetería, se dan colorete con mucho arte y se empolvan de una manera encantadora. en vano los nobles, los gentiles hombres y los doctos enciclopedistas hacen valer á porfía, los unos sus escogidas palabras, y los otros su

inciten los deseos, las graciosas églogas de Boucher, y el delicado colorido de las inverosimilitudes de Watteau; pero si visitaremos el mas pobre de los arrabales. Allí, en la calle Monffetard, presenciaremos; no escenas en que la impiedad haga el gasto, sino estravagancias en que el fanatismo ha sido llevado á su mas espantosa exageracion. Han tenido





Paris actual al frente de la Musa de las artes desarrollando el plano del Louvre ya concluido.—1. Panteon.—2. Nuestra Señora.—3. Inválidos.—4. Instituto.—5. Torre de Santiago de la Boucherie.—6. San Sulpicio.—7. La Magdalena.—8. Columna Vendome.—9. Columna de Julio.—10. Obelisco de Luxor.—11. Fuente Louvois.—12. Fuentes de la plaza de la Concordia.—13. Puerta de San Dionisio.—14. Puerta de San Martín.—15. Arco de triunfo de la Estrella. Montmartre.

TOMO XI.

30



razon en comparar el espíritu ó talento del hombre á un beodo á caballo: si le ponen derecho por un lado, se cae por el otro. Escúcheme vd. Es posible que vd. no ignore que el diácono llamado de apellido París era un varón muy digno, confinado en el cuartel de San Marcelo, en donde oraba de continuo, humillándose, santificándose y entregándose á los trabajos mas duros en beneficio de los pobres. Hasta aqui todo va bien, pero en los escritos publicados por el venerado diácono, sus partidarios creyeron ver las huellas del espíritu divino. Aunque difunto, se le constituyó gefe de una secta radical, y se atribuyó á su sepulcro el don de los milagros.

Los sectarios del santo diácono, es decir, los convulsionarios, solicitaban el dolor con frenesí: á estos desgraciados delirantes, insaciables de padecimientos era preciso tratarlos de una manera cruel: hacían que los golpeasen, pisasen y pateasen el cuerpo hasta perder el sentido, ¡y todo eso para mayor gloria del bienaventurado París!...

¡Y cosa estraña!... sesenta años despues, de esos mismos lugares en donde habian pasado semejantes escenas de fanatismo, salian bandas de hombres armados, que iban á pedir, profiriendo injurias, al infortunado Luis XVI, á quien obligaron á cubrirse con el gorro encarnado, la sancion del decreto contra los sacerdotes!...

No nos contristemos deteniéndonos en el reinado desolado del rey mártir: detengámonos todavía menos en los anales ensangrentados de esa revolucion, en que la carnicería, el hambre y el terror iban abriendo el sepulcro de la Francia, y convertían á París en un espantoso osario...

El cielo se compadeció de tanto abatimiento y apareció Napoleon: la Francia volvió á levantarse noblemente, y la prosperidad y la gloria restituyeron á París su aspecto de fiesta. El bronce imperecedero refiere ya los inmortales combates del emperador, y debajo del arco soberbio que eleva triunfalmente en los Campos Eliseos, quiere hacer entrar un dia en su recinto los mas nobles trofeos del mundo.

La Restauracion tuvo que cicatrizar demasiadas llagas para poder ocuparse en monumentos. Bastaria, pues, para absolverla de esa indiferencia, el ir á hacer en la capilla espiatoria una devota estacion.

Pero si no nos es permitido ser injustos con la Restauracion, tampoco nos lo será con el último príncipe que ha terminado su carrera en el destierro: París en particular, le debe un reconocimiento eterno. Efectivamente, en su reinado se han abierto ó ensanchando las calles, Rambuteau, Soufflot, Montmartre, Rivoli, etc.: el arco de la Estrella ha sido concluido: la Magdalena, ese suntuoso templo griego, ha visto á sus columnas corintias recibir sus capiteles: la Columna ha vuelto á ver en su cima la estatua de su emperador: debajo de la cúpula de los Inválidos han sido depositados los restos ilustres del prisionero de San Elena: y en fin, en la barrera del Trono, se han colocado como centinelas las estatuas de Felipe Augusto y de San Luis. No hacemos aqui mencion, y todos comprenderán por qué, de ese inmenso tubo de estufa que se designa pomposamente con el nombre de Columna de julio.

Cuando se recorre con la vista el espacio que desde la barrera del Trono se estiende hasta el arco de la Estrella, cuántos recuerdos escita esa mirada!... Para tener á todo París á los pies, el de los muertos y el de los vivos, el terraplen ó azotea del P. Lachaise es uno de los mejores sitios.

El pensamiento se esplaya con melancolía sobre ese océano de piedras, en donde desaparece, desde hace muchos siglos, un número tan crecido de pobres criaturas, en donde zozobran tantos ambiciosos, y en donde se disipan tan pronto, á impulsos de la realidad, las mas legítimas esperanzas, ó las mas tenaces ilusiones: ese suelo glorioso, en fin, que ha visto la rama de encina de los galos, las águilas de Roma, el Oriflama de Clodoveo, las haces de Carlo-Magno, el penacho blanco de Enrique IV, la bandera de las lises de Fontenay, el estandarte de los tres colores y el águila coronada.

Un dia, desde la torre de la metropolitana, contemplaba yo el grandioso espectáculo de la ciudad de los parisien-ses que viven, y luego se dirigieron mis ojos hácia esa otra capital fúnebre de los parisien-ses que ya no existen. Los pálidos rayos de un sol de otoño se deslizaban tristemente por entre los claros de los cipreses, y se infiltraban formando redes movibles entre las piedras tumulares y los soberbios mausoleos, cuyos epitafios recuerdan nombres, tristes como una elegía, ó ruidosos como la gloria. Citaremos algunos: Heloisa y Elisa Mercœur, Cuvier y Massena, La Fontanie y Molière.

*Invideo, invideo, quia quiescant.*

Esclamaba un dia Lutefo en el cementerio de Worms, y quizá en un momento de duda lanzaba ese grito de desesperacion.

Nuevo Ulises, la generacion de nuestros dias parece haber perdido la huella de sus destinos: sobre todo en ese horno encendido de París, en que codiciando los bienes perecederos de este mundo, cada uno busca con ardor febril, con la vista inclinada hácia la tierra, el camino de una Itaca quimérica.

—*Invideo*, digo yo aqui á mi vez, á vosotros cuyos restos reposan ahí abajo, que durante vuestra vida, con los ojos elevados hácia el cielo, habeis colocado vuestra inmortal Itaca en el seno de Dios.

Y diciendo esto, me volví á encontrar en el centro de la capital, en el brillante baluarte (*boulevard*) de los Italianos, en el centro del París de 1833, de que tendré el honor de hablar á vd. si me lo permite en capítulo aparte.

### III.

#### PARIS ACTUAL.

Contrastes.—Palacios y casuchas.—Opulencia y miseria.—Almacenes magníficos.—Trenes.—Los mancebos de las tiendas de comercio de otro tiempo, y los del dia.—Los que gozan y los que envían.—Moralidad.—Últimos embellecimientos de París.—La ciudad en fusion.—El triunfo de la línea recta en las construcciones y en las costumbres.—Última ojeada.—Una alucinacion.—París en ruinas.

Al primer aspecto ¡qué contrastes! ¡cuántos motivos de codicia! Allí, los suntuosos palacios, los brillantes trenes, la riqueza, la holganza, las fiestas: aqui, las casucas, el trabajo insuficiente, y las privaciones: por un lado una opulencia fastuosa, y por otro la mas inmundada miseria. El arrabal de Saint Marceau, con sus súcjas callejuelas, y sus infectos chiribitiles, mira con ojos codiciosos las hermosas habitaciones en donde se pavonean los afortunados moradores de la



*Chaussée de Antin*, y el arrabal de San Germain, con sus palacios seculares llenos de blasones, es á su vez envidiado por las mansiones de ayer de nuestros Cresos modernos. El Marais, tal vez el tranquilo, el modesto, el inalterable Marais, es de todos los cuarteles el que mejor se resigna con su suerte. No hay allí, en efecto, ni superabundancia ni escasez; ni la miseria entristece, ni el lujo ofende. Es la *aurea mediocritas* organizada espresamente para el mayor bienestar de los modestos ciudadanos, que despues de muchos años de trabajo, acuden allí como á un pacífico retiro. Pero ¡cuán diferente es el verdadero París del de los baluartes y de la *Chaussée de Antin*! Ningun rincón del mundo procura quizá escitar mas en su paroxismo, el pegado capital de la envidia.

Recorred en efecto las calles de la Paz, Vivienne, de Richelieu, las de la *Chaussée de Antin*, y la línea de los baluartes: mirad esos tapices de Aubasson, esas preciosas muselinas, gasas, damascos y terciopelos: examinad esas pieles de armiño blancas como la nieve, esas telas transparentes que parecen obra de las hadas, y esas joyas en que la habilidad del artifice hace olvidar la riqueza de la materia, y decidme si á pesar de vuestro exacto conomiento del mundo y de sus deslumbradoras pompas, no se despierta en vos melancólicamente el deseo de la codicia. Y no puede ser otra cosa, porque todo aquello se halla arreglado, combinado y dispuesto para fascinar los ojos mas austeros; qué gusto en la composicion! ¡qué conociendo tan profundo en los colores! todo es allí obra del cálculo y del arte.

Ciertamente el empleo de dependiente de un almacén no requiere ni vastos conocimientos, ni una inteligencia superior; para desempeñarle satisfactoriamente basta poseer las cuatro reglas de la aritmética, saber medianamente la ortografía, y tener un frac bien cortado. Pero lo que el principal exige imperiosamente de sus subordinados son las facultades mas preciosas que pueden adornar á cabeza humana. Los mancebos deben ser filósofos y artistas: el artista por las sabias combinaciones de la muestra atrae al comprador, y en cuanto este penetra en la tienda, el mancebo se transforma en filósofo: hasta entonces solo ha procurado seducir la vista, en seguida tiene que atacar al corazón humano para completar la derrota. Es preciso precaverse contra su elocuencia, para que aquel hombre no os induzca á hacer compras, cuyo destino no habeis siquiera ideado: su dialéctica os será muy costosa.

¡Cuánta distancia hay de esos hábiles negociantes de los establecimientos modernos, á los buenos y modestos horteras de otros tiempos! Estos, antes de establecerse, se incrustaban treinta años por lo menos en la tienda paternal de sus principales, y aun solian exhalar en ella su último suspiro: pero esos dependientes fieles, leales y sencillos no se encuentran ya en el día.

No nos hagamos ilusiones: esos numerosos lazos, tan inocentes en la apariencia, deben ser funestos muchas veces. Antiguamente, las telas mas magnificas, lejos de estar desarrolladas para atraer las miradas, se hallaban modestamente ocultas, y no se mostraban sino á petición del comprador opulento. Pero el comerciante contemporáneo, mas previsor, ostenta á porfía argumentos contra todos los grados de la prudencia económica.

Sin ser muy coqueta, no es extraño que la pobre muchacha que no tiene mas que un vestido de percal para todas

las estaciones, comience á suspirar en invierno al ver esos merinos de tanto abrigo, que toca al pasar por las tiendas con una mano casi yerta: al dirigirse á su trabajo que no la produce ni aun para proveer las necesidades mas apremiantes de la vida. Se necesita mucho valor para afanarse hasta perder la vista, desde la mañana á la noche por solo un pedazo de pan. Cuando llega el domingo, estenuadas por las vigiliás de la semana, muchas veces se ve á esas infelices jóvenes prisioneras de su pobreza, permanecer encerradas en sus tabucos, por no tener vestido que ponerse, sin mas distraccion que la de mirar los adornos, hechos quizás por ellas mismas, que llevan las señoras que pasan por la calle.

Mirad aquel hombre flaco y macilento: lleva un paletó de castorina á pesar de que hace un calor tropical: se acerca la hora solemne de la comida, y no tiene un cuarto! Como se burla la suerte de él! Para disfrutar un poco de sombra busca los pasajes: pero aunque se dirija por las galerías de los Panoramas, aunque se refugie debajo de los pórticos de Palacio Real, por todas partes se presenta ante su vista un verdadero Pactolo: los comerciantes que se dedican al gira hacen brillar á sus ojos montones de resplandecientes de plato y oro. Ese hombre se ahoga, su estómago le aqueja, su mirada se inflama, su mano tiembla... y huye como un endemoniado: un vértigo tentador le incitaba á cometer un crimen.

¿Pero que es lo que se oye encima de ese taller en pleno trabajo? los sonidos de una orquesta. Son las diez de la noche y el obrero va á regresar á su miserable hogar: ya es tiempo: se halla ocupado en el obrador desde las ocho de la mañana y necesita descansar. El obrero no tiene costumbre de quejarse, pero las armonías de esa orquesta le producen una impresion desagradable: esa galop que resuena sobre su cabeza, le pone de muy mal humor.

Su maestro celebra una fiesta y baila despues de una excelente comida, mientras que su oficial trabaja con ahinco, para pagar tal vez la alfombra que huellan las parejas de baile, las bugias que iluminan el salón, y los refrescos que beben, cuando á él le espera una cena fria y mezquina.

Amigo obrero, con un poco de reflexion serias menos rencoroso: ese festín que costea tu principal, es para sostener tu trabajo: procura atraerse á unos comisionados que han llegado del extranjero, y espera le encarguen varias obras: al efecto emplea todas las seducciones de la palabra, disminuye los precios: tal vez no tardará en concebir temores acerca del pago, y ¡quién sabe si experimentará algun día las angustias de una quiebra! No maldigas, pues, unos actos de que no le es dado prescindir, y compara, por la medida de la felicidad, la calma de tu destino, y la agitacion del suyo.

Tales son en el día los contrastes de la vida parisiense, muy semejantes, como vd. puede observar, á los nuestros. Espero que no llevará vd. á mal que haya sido por un momento observador filósofo y que me perdonará sobre todo la falta de método.

Se muy bien que no es de los parisienses sino de París de quien vd. me ha pedido noticias, pero es preciso tener en cuenta que en cuanto al París de piedra, no es posible ocuparse mucho de él en este momento, porque se halla como en fusion: la plaza del Carrousel que se regulariza, el Louvre que se está concluyendo, la calle de Rivoli que se renueva, las de Strasburgo y de las Escuelas que se preparan, las ave-



nidas de la casa de ayuntamiento que se componen, el antiguo Hotel-Dieu y sus inmediaciones que van á desaparecer, y en fin los mercados, á los cuales se trata de dar mucha estension, van á variar una parte considerable de la poblacion. El París de ayer ya no existe, y el de mañana no ha aparecido todavía: sin embargo, puede adivinarse lo que será porque la línea recta consigue grandes ventajas. Los ediles contemporáneos se esfuerzan sin descanso, en que los doce distritos de París queden tirados á cordel: la línea recta los satisface, y la perpendicular los repugna. De esto

bres del tiempo, les han dado casi á todos un mismo aspecto. Sin duda alguna, el descendiente de los elevados barones conserva todavía sus maneras elegantes: la clase media no ha podido desprenderse enteramente de su pesado modo de andar, y el pueblo tiene siempre un poco de su aire primitivo. Pero los vivos colores que caracterizan á cada clase han desaparecido: ya no hay mas que matices, y aun esos tan multiplicados que se pasa de uno á otro por tintas casi imperceptibles.

Todo se nivela: se jura y se fuma en las tertulias, y se



Paris en ruinas.—1, La Magdalena.—2, Columna Vendôme.—3, Panteon.—4, Torre de Santiago.—5, Nuestra Señora.—6, Louvre.—7, Puente de los Santos Padres.—8, Puente Nuevo, entre el primero y segundo cuartel de la Magdalena.

se desespera Mr. Victor Hugo, pero la generalidad de los habitantes se regocija, y prefiere á callejuelas poéticas, pero fétidas y sucias, calles prosáicas, pero ventiladas, limpias y anchas. Sin embargo, en reglas de buena justicia, debe hacerse esa concesion á los aficionados á lo imprevisto y lo pintoresco. La ciudad, dentro de poco, será tan monótona como espléndida, y habrá que tener sumo cuidado para no confundir unas calles con otras.

Lo que digo aquí acerca de las habitaciones, puede repetirse en el mismo sentido respecto á los habitantes. Las costum-

jura y se fuma en la taberna. Ciertos grandes señores juegan como lacayos, y en compensacion algunos lacayos se permiten jugar como señores.

El dueño de una tienda de vinos se asemeja por la elegancia al de un café, y éste se coloca á la altura de la buena sociedad. Los teatros del pueblo han hecho progresos, en cuanto á la compostura y moderacion de los espectadores: estos adelantos son mucho mas notables si se comparan con lo que sucedia hace treinta años. Solo una tradicion, favorable para los que la conservan ha permanecido



inmutable: ese público antes de caer el telón y de retirarse, no queda satisfecho si no ve recompensada la virtud y castigado el crimen. Débil compensación y contraste alictivo, forzoso es decirlo, de lo que pasa con demasiada frecuencia en la sociedad parisiense.

En mi último viaje he hallado infinitas innovaciones: París se derriba y reedifica de una manera rápida y sorprendente; dentro de poco no quedará más que el recuerdo de las antiguas calles, y los recuerdos, tristes ó alegres son siempre una cosa melancólica. ¿No se parecen en efecto á los ecos de una música cuyos sonidos no deben volverse á oír nunca?

¡Ah! es preciso resignarse: las obras del hombre duran un tiempo, se modifican y desaparecen; solo las obras de Dios son imperecederas.

Algunas veces cuando mi imaginación se lanza en las remotas probabilidades del porvenir, al recorrer las calles y plazas de la capital de Francia, al contemplar sus monumentos, al ver la prodigiosa actividad de sus moradores, me han venido de repente á la memoria los nombres de Palmira, Herculano y Pompeya, cuyas ruinas apenas pueden dar una idea de su grandeza pasada. Si vd., amiga mía, realiza su viaje, no se deje asaltar por tan melancólicas ideas, y en todo caso, sírvale de consuelo considerar, que si París muere, será mucho después que nosotros y mientras tanto vive en la memoria de aquellos á quienes la fortuna permite gozar de sus delicias.

LUIS BERGER.

## MI CEMENTERIO.

«Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche.  
El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir,  
violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.  
«Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos.  
«¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡aquí yace la esperanza! ¡Silencio! ¡Silencio!!!»

Figaro.—El día de difuntos de 1836.

En vano intentarían los hombres arrancar á la raza de los tigres sus instintos feroces; en balde pretenderían los mortales detener el impetuoso curso de los torrentes... Inútil sería querer borrar del libro de la vida las páginas de las pasiones. Los mortales, lo mismo que la naturaleza, obedecen á una ley inmutable, á un principio fijo que nace de la Divinidad ó de la no menos poderosa ley de las costumbres y de las tradiciones. La flor arrancada de su tallo conserva el mismo olor que las que quedan en él, y los hijuelos del águila imitan su elevado vuelo y aprenden á rasgar las nubes al heredar con las alas los instintos de su madre.

Yo, pobre y estéril rama de un árbol fecundo, conservo la misma savia del triste ciprés de que fui cortada, ¡ojalá poseyese sus verdes é inmarcitas hojas acariciadas aun sobre una tumba por el ambiente eterno de la gloria!

¡Pero no le es dado al mortal elegir su herencia! La mía es un nombre glorioso y un charco de sangre! ¡fatal legado! Yo, hijo de un águila, heredé el instinto para vagar por el espacio, al par que me negó el destino las alas para cruzarle; yo, débil arroyo, separado del caudaloso río que me

dió la vida, humedezco apenas las arenas por donde paso, mientras él fecundiza su camino y alimenta en su seno mil peces de los que el mas pequeño moriría por falta de agua en mi corriente.

Pero á falta de eso, guardo en mi corazón sentimientos iguales á los de Figaro ¡oculto en mi mente ideas semejantes á las de mi padre!... ¡fatal herencia! repito... No trateis, amigos míos de dar otro giro á mis pensamientos, ni intentéis alterar las latidos de mi corazón. Esos pensamientos, esos latidos son mi patrimonio, y pues es el único que poseo dejadme que le guarde, como guarda el amante una flor marchita, una trenza enredada, una sortija rota de la prenda de sus amores! Yo sé que me amais al censurar cierto tinte filosófico que vuestra bondad halla en mis escritos! La forma ridícula y pálida es mía; el fondo de ellos, cuando algo vale, es una ráfaga de viento que trae á mis ojos una hoja seca de la corona de laurel que adorna una tumba ¡es el aroma de una flor que ha nacido al borde de un sepulcro con el riego de mis lágrimas!

¡Oh! ¡es mi herencia! Al heredar tal vez las pasiones de mi padre, me falta su pluma para pintarlas; tengo su corazón para sentir las.

Apenas he visto la autora de mi vida, y ya sin saber como, una nube negra y oscura empaña el sol de mi existencia. Esos pequeños desengaños que forman la vida del hombre, pasan por el corazón de los mortales sin dejar más que un leve recuerdo, hacen en el mío heridas profundas, dejan en mi alma una marca indeleble, igual á la que queda en el desierto cuando se ha arrastrado por ella una serpiente venenosa... ¡Esos días tristes que todos los hombres tienen, pero que todos olvidan, van reproduciéndose en mi existencia con una precipitación espantosa! ¡quisiera rechazarlos, y mi imaginación los acaricia; quisiera olvidarlos, y mi memoria me los recuerda; quisiera no pintarlos y mi pluma los estampa á pesar mío! Así el jugador conoce el vicio que le domina y pone ante el tapete su fortuna, que cien veces recobra y otras tantas pierde, después de pensar á cada instante que no ha de volver á esponderla! No pretendo disculpar mi debilidad; no niego que Dios ha dado al hombre inteligencia para dominar sus sensaciones; pero esa filosofía desgarradora de que quisiera huir es un néctar que me embriaga, es una querida infiel que no puedo olvidar ni huir ¡es tan bella!

¡Hoy estoy ebrio! dejadme que delire hasta que despierte; ¡hoy he vuelto á verla! dejadme que la mire hasta que desaparezca...

Hoy ha amanecido el día sombrío... Al despertar he bebido una gota de hiel en un recuerdo, y un grano de acibar en una esperanza desvanecida! Ayer era casi feliz... ¡vivía con la memoria de lo pasado, y hasta la memoria he perdido! ¿Qué es esto? ¿Por qué no sigo á esa turba bulliciosa que interrumpe mi sosiego? ¿Por qué no trato de ahogar mi desengaño en las miradas indiferentes de esa multitud que se pasea? ¡Siento en mi corazón los latidos de la vida, y en mi imaginación las ideas de la muerte! ¡Los objetos que me rodean me parecen más negros, mis pensamientos más tristes! ¡Marchemos al lugar de la tristeza! ¡Allí donde yacen bajo una misma lápida los deseos y los desengaños, las risas y las lágrimas, la virtud y el crimen! ¡Vamos á un cementerio! He observado que solo es bella la mansión de la muerte cuando no somos felices...



Yo soy un solo mortal; busquemos á los que ya lo han sido; me atormenta un recuerdo; vamos á la mansion del olvido... ¡al cementerio! ¡al cementerio!!!

Esto me decia hace poco, y ya me encontraba fuera de mi casa.

Ignoro si alguna persona me saludó al pasar junto á mí; no sé si algun amigo pretendió detener mi marcha; yo caminé impávido é indiferente; ¡miraba y no veia! ¡Mis labios pronunciaban un nombre de muger, y ese nombre sin llegar á mis oidos, hacia eco en mi corazon! ¡Qué importa al mundo el nombre de una perjura! ¡Hay tantas en él!... Tal vez esas que pasan á mi lado son otras tantas mugeres que tienen el corazon en el cristal de su espejo... ¡de esos seres viles que inspiran amor, sin saber lo que en él hay de sano y puro!... ¡Qué día! Ya he llegado al cementerio...

*«¡Templo de la verdades el que miras;  
no desoigas la voz con que te advierte  
que todo es ilusion menos la muerte!»*

Eso dice aquel letrero escrito en la puerta de entrada que tal vez si fuera mejor valiera menos.

¡Santo lugar! sublime habitacion donde es eterno el descanso. ¡Cuántas veces los seres que hoy en tí moran habrán abrigado en su mente grandes ideas! ¡Cuántas miradas de cariño habrán existido en sus ojos! ¡Cuántos besos de amor habrán dado sus labios! ¡Ayer todos esos mortales vivian, pensaban, giraban en el inmenso torbellino de la vida, y formaban parte de esa sociedad que á estas horas pulula por el Prado sin acordarse de ellos! ¡En aquel nicho descansa un jóven de 20 años! Tal vez su amada pretenda leer el amor en los ojos de otro hombre que ocultan unos lentes de moda. En otra lápida se lee un nombre solo... ¡Espronceda! ¡nadie murmurará á estas horas un verso suyo! ¡Qué alegre es un cementerio! La existencia es una pesadilla; ¡cuando el hombre despierta se encuentra en una tumba! ¡Y qué es nuestro corazon sino otro cementerio? ¡En él están cuando nacemos una multitud de nichos vacíos, que conforme atravesamos el árido camino de la vida, vamos llenando de cadáveres! El amor, la ambicion, la gloria, yacen enterrados en el bajo una losa aun mas pesada que la del sepulcro; las flores que rodean esos nichos están regadas con sangre. A veces esos cadáveres son fetos todavía: son seres que han muerto antes de nacer... Yo he vivido apenas, y veo en mi corazon algunos nichos ocupados. Por fortuna aun no está enterrada en él la esperanza, como lo estaba cuando mi desgraciado padre escribía *El día de difuntos*. ¡Ay de mí el día que la esperanza muera! ¡Cuando el hombre es desgraciado espera en la felicidad; cuando nada espera en el mundo, espera en Dios! Pero cuando llega un día fatídico en que la Divinidad no es para el mortal mas que un problema, adios esperanza, adios vida, adios eternidad...

¡Sin duda me inspira esas ideas aquella modesta lápida que miro con respeto y ante la que se doblan mis rodillas! ¡Padre mio! ¡padre mio! Avaro anduviste, cuando solo me legaste esa niebla triste y oscura que rodea tu sepulcro... Un día quise arrancar con mano irreverente esa corona que ambicionaba colocar sobre mis sienes; mi mano temblaba; dejé la corona y no pude arrancar mas que el crespon que la cubria... Ese crespon cubre mis ojos, ese negro tul embarga mis sentidos y llena de luto mi corazon. ¡Mi corazon!

hoy he enterrado en él un cadáver... ¡Aqui yace mi amor! El mundo se rie; hay mas mugeres me dicen... ¡No, insensatos, habrá mil parodias del mismo poema! ¡mil cuadros hay que copian á la naturaleza, y sin embargo, la naturaleza no es mas que una; se copia el arroyo, pero no su frescura; se copia la aurora, pero nunca su ambiente; se imitan las flores, pero jamás su aroma!

¡Pobre nicho solitario! nadie leerá tu letrero, y si alguna mano llega á posarse en su lápida, el frio de mi corazon helará su sangre. ¡Pobre nicho! ¡apenas fabricado y ocupado ya por lo que yo creí que mas viviera! ¡guarda bien el tesoro que te confío, ya que murió alevosamente á una frase de los divinos labios de una muger! No te admire ¡oh cadáver de mi amor! verte solo en el panteon de mis ilusiones; la vida es corta, y poco á poco tendrás otros cadáveres que te acompañen. Ese cementerio sin flores y sin coronas, tendrá apenas nichos para contener mis desengaños; y tal vez no pase una sola noche sin que la luna de la desdicha ilumine con su pálida luz las urnas cinerarias de mis deseos! No creas, amor mio, que tendrás que sufrir el nuevo tormento de la soledad; ¡cuán pronto bajarán á acompañarte todos mis ensueños de ventura! Ese corazon que es tu cementerio ira poco á poco helándose; ¡ruega á Dios, amor mio, que en ese último nicho mas negro que todos, no tengas nunca por compañera á la esperanza!

LUIS MARIANO DE LARRA.

## RECUERDOS.

A MI ESPOSA.

¿Has visto esos arenales tristes, esas ramblas melancólicas sembradas de humilde yerba, donde apenas sentamos el pie brota el raudal turbio manchando los pétalos de la blanca manzanilla silvestre?

Tal es nuestro dolor, nuestro dolor sin consuelo y sin esperanza terrena!

Empero en nuestros pechos, donde hay únicamente lágrimas, ignorada cisterna de aguas salobres, ni crece la yerba, ni la manzanilla abandona á las auras su amarillo polen.

Nuestro llanto es absorbido por el corazon, desierto infecundo que calcina el sol de la desgracia y arrastra en movibles columnas el semoun abrasado.

Empero, puesto que tú lo quieres, recorreremos juntos los sangrientos caracteres de esa fúnebre hoja del libro de nuestra vida: pondremos la planta sobre la infecunda arena de nuestra existencia, y volverá á brotar el amargo raudal de nuestras lagrimas...

Antes quiero rogarte que nadie recorra estos mal trazados renglones donde consigno lo íntimo de mis pensamientos: las delicadas cuerdas que voy á herir no hallarian eco en sus almas; ¡quién pára su atencion en el naciente pimpollo de la flor que derriban del tallo los animales parásitos?

Empero si encuentras un padre, una madre que hayan perdido sus hijos en la edad de las gracias, en ese alba de la vida en que el sol de la inteligencia se retrata en el rostro del niño con estrañas y misteriosas tintas, no temas que lea estas lineas: sus lágrimas correrán con nuestras lágrimas, su do-



lor responderá al nuestro con esa irresistible simpatía de las pasiones gemelas.

Mas si levantas el apósito de nuestra incurable herida á un extraño ¿creerás acaso que *los que pasen por la via atenderán y verán que no hay dolor semejante á nuestro dolor?*

¿Te acuerdas? nosotros teníamos una hija; ella era nuestra alegría y nuestro orgullo; ella nació en días amargos, y mas de un vez, dormida en tu falda, cayeron sobre su rostro las lágrimas de sus padres, ¡digno bautismo de la infortunada niña!...

Entonces sopló mas airado aun sobre nosotros el vendaval de la desgracia, y tuvimos que abandonar los sagrados lares para comer el pan de la gratitud lejos de nuestro hogar...

Yo quise ver á mis ancianos padres, cuyas anheladas bendiciones no recibo sino en largos intervalos, hermosos y apacibles valles de mi agitada vida, que algun día llenará la Providencia con dos tumbas!...

¡Oh! al fin llegó el momento de la partida!

Tu llorabas sin saber por qué; nuestro Fernando ensoñaba con el pensamiento de acompañarme, y nuestra infantil Amalia dormía sobre su cuna el sueño de los ángeles, alumbrada por una luz cercana que dibujaba sus redondos contornos y la mórbida belleza de sus transparentes carnes!

¡Ah! ¡cuán bello estaba nuestro ángel!...

Entonces sentí yo en lo profundo de mis entrañas la emoción que debió sentir la imprudente muger de Loht al volver el rostro á las ciudades malditas!

¡Oh! porque, convertido en estatua, no quedaron fijos mis pies en aquella estancia sagrada, donde mi hija dormía uno de sus postreros sueños de paz, de esos sueños en que cobraba fuerzas para poder volar al seno de Dios?

Pero yo iba á ver á mis padres, á recibir sus bendiciones que siempre miro como las postreras...

Pasaron muy pocos días: al cabo me desprendí de los brazos de mis hermanos, de los autores de mi existencia, y atravesando ásperas montañas, abrasado por el sol de julio y devorado de mortal inquietud, distinguí la morada que te servía de albergue!!

Tú me aguardabas en la puerta...

Mi primera palabra fué una pregunta inquieta.

¿Y nuestra hija?

¡Oh! yo ví pintada en tu rostro la indecisión, y antes de un segundo ya estaba al lado de la cuna de la inocente Amalia.

Nada te diré de lo que sentí al verla: antes que darte una idea incompleta de mis emociones, renuncio á describirlas; para que intentara pintarlas seria preciso que estuviera dotado de otros medios que no fueran esos medios de convención, en los que todo es el orden y la colocación material de los signos.

Renuncio, pues, á pintarte lo infinito con lo finito, lo inmutable con lo convencional.

Te hablaré de ella, y así podrás adivinarme en aquel momento solemne.

Nuestro ángel estaba en la cuna, ¡pero en qué situación, Dios mio!

Pálida, flaca, parecía que su hermosa alma, tan precocemente melancólica, libre de sus velos de carne, asomaba por todos los poros para amparar la materia con un velo

invisible, ó para abandonar el cuerpo corroído por la enfermedad.

¡Oh! aquel *espíritu* se tocaba, sus ojos no tenían la expresión de lo mortal, ó se materializaba su alma...

Nuestro ángel al verme se conmovió hasta en lo hondo de sus entrañas; brotó en su corazón una alegre sonrisa, que se dibujó en su rostro con indefinible tristeza atravesando los órganos enfermos, como la ola que nace murmurando dulcemente, y exala tristes quejas al rozar su fría espalda en la tendida arena de la playa...

Sucedieronse algunos días, días de horribles dudas, de indecible padecer, de insensatas esperanzas...

¡Nuestro ángel sacudía el polvo con que los vientos de mundo habían entorpecido sus alas en su breve tránsito por el desierto!...

Empero amaneció una horrible mañana, y con ella llegaron nuestro hermano y nuestro amigo el doctor, que venían de lejos á traernos el bálsamo del consuelo...

¡Ah! ¡nosotros los recibimos con la emoción con que el naufrago distinguirá el reflejo del faro que le anuncia el cercano puerto!...

Y... ¡ya no había esperanza!...

Avanzaba aquel lúgubre día de una manera extraña.. yo acusaba á las horas de tardas y rápidas á la vez...

Hubo un momento en que dirigí mis ojos al cielo: hubo un instante en que miré á la atmósfera...

La tarde estaba magnífica: dormido el aire, brillante la bóveda azul, y sin embargo, hermosas nubes de nácar recorrian la atmósfera, azotadas por un huracán invisible.

Entre esas nubes iba á volar en breve nuestro querido, nuestro pobre ángel...

Volví á la cuna donde tú llorabas, y de la que me había separado un instante para que el viento secase mis lágrimas...

Mojabas tú los labios de la pobre agonizante, que moría las húmedas hilas con el ansia de la hidrofobia!...

Yo pulsé sus arterias y toqué su frente y los miembros todos de nuestra hija.

¡El frío del espanto separó la carne de mis huesos!...

Recuerdo que me dijeron en las aulas que el calor procede en gran parte del rodar de la sangre en las arterias...

Las venas de mi hija no latían, y sin embargo, un calor inmenso, el calor de un volcán, la abrasaba!...

¡Oh! ¡Dios mio! decidme ¿cómo murió mi hija?...

Toqué su rostro, su boca rígida, inmóvil; el terror se apoderó de mí... pero un terror indescriptible...

¡Y á pesar de todo nos conocía aun nuestra hija, que nos veía con sus desencajados ojos negros, fijos en las órbitas por la mano cruel de la muerte!...

¡Pasaron así algunas horas!...

Al fin, presa del terror y temiendo por tí, pude llevarte por un momento á una habitación cercana, usando de los ruegos y de la violencia...

Cuando volvíamos oímos las ocho en el reloj de la sala... Oscurecía...

Al sonar la campana caímos los dos de rodillas... tú exalaste un grito... ¡ambos distinguimos una luz fosfórica que huía ante nosotros!... ¡era el alma de nuestra hija que volvía á su patria, que volaba á los cielos!...

¡Oh! aquella noche estuvo á punto de morir nuestro hijo,



nuestra postrera esperanza, y tú estuviste algunos días entre la vida y la muerte...

Desde entonces no han cesado de brotar nuestras lágrimas, ellas son nuestro único consuelo, tras ellas viene la calma, pero una calma melancólica, misteriosa flor de la tumba de nuestra Amalia...

Dicen algunos que nuestra tristeza sin consuelo ofenderá á Dios... ¡ah! no: sin duda los que eso dicen no han perdido una hija, ¿qué mejor ofrenda puede hacerse á Dios que es el Padre universal, que las lágrimas de los padres...!!

Empero, es ya forzoso que calme la violencia de nuestro dolor acercándonos cuanto podamos á la prevision del viajero que consulta sus fuerzas para no desfallecer en el camino.

Ella fortifica desde el cielo la fé en nuestro corazón, ella intercede por nosotros ante la Madre universal.

El que niegue la existencia de Dios, ese no ha perdido una hija; la paternidad y el ateísmo no pueden existir juntos, como no pueden mezclarse la luz y las tinieblas.

Antes de morir nuestra hija tenía la fé, la creencia de Dios, despues tengo la necesidad de la creencia del Padre universal, la imposibilidad del ateísmo.

Mi cabeza, mi corazón están llenos de la idea del Omnipotente, su nombre está fijo en mi alma con indelebles caracteres; perder esa creencia sería perder la sagrada esperanza de volver á ver otra vez á nuestro ángel.

¡Oh! ¡solo sería posible que yo dudara un momento de la existencia del Supremo Hacedor cuando viera á un padre, puesta la mano sobre el frío cadáver de su hijo, renegando del Padre de todo lo creado!...

¡Ay de mí! ¡cerca del sagrado cadáver de nuestra Amalia, hemos visto nosotros que hay algo mas en el hombre que el rudo ejercicio de los órganos!

Ella ha fortificado la fé en nuestras almas; en nuestros corazones es imposible la duda!!

Calma, calma tu tristeza para que sea mas duradera, para que sea mas digno holocausto del autor del género humano.

Desde ahora, cuando suframos, tenderemos la vista al cielo tachonado de sus millones de estrellas: acaso alguna vez bajará á uno de esos misteriosos astros la hija de nuestro amor, para alumbrar en la callada noche el corazón de sus padres con la luz del consuelo y de la esperanza!!

M. DE GÓNGORA.



## ESCENAS DE COSTUMBRES.



Una lectura de testamento en Bretaña, copia de un cuadro de Luminais.